

DE LAS DAMIAS

VIDA NUEVA.

Pero..... ¿vas también á salir esta noche, víspera de tu santo y del aniversario de nuestra boda, Manuel.

—Sí, Amelia..... volveré luego.

Manuel recoge, con afectada calma, su sombrero y el bastón de encima de una silla, disponiéndose á marchar.

Ella insiste.

—¿Solo?..... ¡y á tales noras!

Por hacer algo, Manuel miró el reloj que, empinado en lujosa chimenea, parece dirigir burlescamente esta escena, con su impertinente tic-tac.

Total, las once..... Para salir tú, no digo que no sea algo tarde..... pero tratándose de mí ya es distinto..... ¡Bah! los hombres vamos á todos á los sitios, á la hora que sea y como sea;..... las mujeres ya es otro cantar: ciertas leyes de delicadeza á que estáis circunscritas, os vedan.....

—Nada; cuando hemos nombrado árbitro de todas nuestras acciones á nuestro propio marido, ni aún aguzando malignamente el ingenio, cabe en lo posible que una mujer menos-cabe un ápice su decoro, por salir á altas horas de la noche, apoyada en su brazo.

Estas palabras, pronunciadas con pasión y energía, inmutan á Manuel.

—Pero mujer, no hay para tanto; te consta el gusto que tengo en llevarte cada vez que salgo..... (Amelia mueve negativamente la cabeza). Bueno; ¿que ahora no tanto como al principio de nuestro matrimonio? Convengo en ello, sí; pero también convendrás tú conmigo en que la vida tiene, como la luna, sus fases, y que éstas son mudables, según las circunstancias que rodean al individuo. Ya ves ahora piensan en agrandar nuestra fortuna.....

—Jamás se te había ocurrido: además, tus rentas bastan y aun sobran para subvenir á nuestras exigencias.

—“Por mucho pan.....”

—Manuel, la ambición no reza contigo: tú me engañas.

—¡Amelia!

—Sí; tú me engañas, ó mejor dicho, pretendes engañarme. Ignoro á qué obedecen tus misterios, las patrañas con que, de algún tiempo acá, vienes entreteniéndome mi fiel, mi natural impaciencia por tenerte á mi lado, “por vivir de tí,” necesidad imperiosa que me subyuga desde que te conozco. Lo que sí puedo decirte es que de todas tus cábalas, tus crueles evasivas, tus ostensibles tardanzas, la poca firmeza y “extraña” expresión que hay en tus ojos, al mirarme, brota para mí, como fino soplo que me hiela de espanto, la evidencia de tu desamor.

—Pero, querida mía, ¿qué propósitos son esos? ¡Ban, ban! nervios, ¡puro histerismo! Y dime tontuna: ¿á qué hubiera venido entonces el casarme contigo, para tener á vuelta de hoja, como quien dice, un final tan.....?

—Cierto es, Manuel, que al darme tu nombre me diste una gran prueba; pero á ésta misma, atendida tu generosa alma, podía inducirte otro sentimiento que el del amor..... la lástima, por ejemplo.

—¡Dale bola!

Manuel mira con impaciencia el reloj, cuyas negras manecillas, atravesadas verticalmente sobre la esfera, cree sentir que se atraviesan también en su garganta. Con alterado y duro gesto entre desesperado y decidido, exclama:

—Me marcho.

—Nada ni nadie te lo impide, le contestó con entereza su mujer.—Pe-



Traje para recepción solemne.

ro antes de irte, sepa yo á lo que debo atenerme respecto de tí, para tomar mi resolución.

Manuel retrocedió estupefacto.

—¿Tu resolución? ¿qué significa eso?

—Significa que desprecio cordialmente tu fortuna sin tu corazón; sig-

nifica que quiero dejarte el campo libre.

—Y ¿tendrías valor para abandonarme, Amelia? ¿qué harías sin mí, desdichada?..... Acaso ultrajar mi nombre, volviendo.....

Manuel se detuvo. Amelia le miró con amargura.

—Puedes acabar la frase; ibas á decir: “á tus pasados yerros.....” ¡Qué mal me comprendes, Manuel! No; la hija del arroyo, la desheredada de la suerte, la que desconoció por completo el bien hasta conocer á tí, la que tú regeneraste al darle vida, la que más tarde has unido á tí para ser tu mujer, es incapaz, escúchalo bien, incapaz de ofenderte, porque te ama, porque este mismo amor se convierte por dentro de su alma en un culto de fetichismo. Te dejaré el campo libre cuando me convenza de que resulto en él semilla que no arraiga, estéril, que lleva el viento; pero será para desaparecer en alas de ese mismo viento, que no sabe dónde va y que conduce tal vez á la nada.

Manuel miró á su mujer con mezcla de extrañeza y respeto.

—¡Ay, Manuel! Los hombres de talento soléis ser cruelmente egoístas, agotáis en la propia inteligencia todo, ó casi todo el fósforo; en tanto, para los que carecemos de este privilegio divino, el incendio es siempre en el corazón. La inteligencia, alentada por el genio, crea y se inflama en general, con miras ambiciosas de gloria; mientras que el corazón trabaja y pergeña al abrasarse con desprendimiento sublime, haciendo caso omiso de su ser. Ambos ascendiendo, de manera distinta; mientras que el uno en tal ascensión lo arriesga todo, la otra tiene el convencimiento de que la felicidad que en ella alcanza, nadie será suficiente á arrebatarla. Esta tiene por de pronto asegurado, bueno ó malo, el premio de su labor; mas ¿qué espera el enamorado corazón de sus afanes? Nada, pues en las más veces quedan sepultados en su fondo, como terremotos fraguados en el seno de la tierra, bajo las arenas del desierto. En estos dos ejemplos estamos comprendidos tú y yo: tu eres la cabeza que piensa; yo, ser indudablemente inferior á tí, el corazón que siente; tú, el hombre de talento; yo, la mujer apasionada de ese hombre. ¿En cuál de los dos cabrá más abnegación, más arranque, en una palabra, más alma? ¿Quieres que hagamos la prueba, Manuel?

La verdad es que en aquel momento la hermosura de Amelia era soberbia. Manuel, al contemplarla, creyó tener ante sí á una diosa. Descubriéndose y dejando sobre un mueble sombrero y bastón, ciñó con un brazo el talle, en holgado y elegante ropaje envuelto, de su mujer, y contestó:

—Tu noble reto, Amelia mía, me obliga á corresponderte. Vas á saber mi secreto, oye: La causa de lo que tú llamas mi “desamor,” ¿quieres saber á qué obedece? Pues únicamente á cierto invencible temor que de algún tiempo acá me viene royendo el ánimo, defraudando la mitad de mis bellas ilusiones. Al unirme á tí, Amelia, no sólo atendí al halago que tu delicada hermosura causaba en mis sentidos y á la imperiosa necesidad que de ser

por tí amado sentía mi alma, sino también á cierta voz secreta que, con delectación profunda, te designaba en el oasis de mi esperanza, como á la futura madre de mis hijos..... Mañana cumple un año de nuestra boda..... y resulta que esa voz no ha pasado de ser un deseo,

Una aureola de triunfo pareció circundar el rostro de la poco antes cuitada esposa que, mirando profundamente á su marido, exclamó:

—¿Y si yo te dijera que tu deseo está cumplido?

—Amelia, ¿qué es lo que has dicho?

En aquel momento el peinado de la joven se deshizo, cayendo sus cabellos en mar de negras ondas sobre sus hombros escultóricos; sus rasgados ojos de mora, húmedos por la pasión, llamearon con un vigor desconocido, y Manuel, medio desfallecido de alegría, pudo ver por primera vez sus mejillas teñidas de un rubor santo, efluvio quizá de la nueva vida que latía en su seno; leyendo claramente en su frente, de puras y clásicas líneas, como un poema recamado con estrellas, este nombre:

—¡"Madre"!

JOSEFA CODINA UMBERT.

Los Tres amores.

A la orilla del Rhín undoso
Hay una pobre, vieja hostería,
Y allí en alegre tropel ruidoso,
Los tres amigos fueron un día.

—¡Ea patrona! Vengan los vinos,
Y de lo puro, pues sed tenemos;
Mas... ¿dónde guardas la niña, di-
nos,
Tu hermosa hija que no la vemos?

—Catad el vino—dice llorosa,
Que es de lo añejo. ¿Della me hablasteis?..

¡En la mortuoria urna reposa
Mi pobre hija que tanto amásteis!

Del rayo herido, á la otra sala
Entran, do se alza negro ataúd,
En cuyo seno la niña exhala
Su último aroma de juventud.

A contemplarla llega el primero,
Y alzando el velo que la cubría:
—¡Ah, si aún vivieras!—dice since-
ro—
Desde hoy, oh virgen, te adoraría.

Caer el velo deja el segundo,
Se aparta, y dice bañado en llanto:
—¿Por qué te fuiste, niña, del mun-
do?...
¡Ay, sin saberlo, te amaba tanto!

—Llega el tercero, levanta el velo,
La besa el labio lívido ya:
—Te amé, te amo—dice—y al cielo
Mi amor eterno te seguirá.

J. A. PEREZ BONALDO.

EL STABAT MATER DE ROSSINI.

I

Era una tarde del año de 1830.
El sol, el cielo, las montañas y
los valles estaban velados por espe-
sas nubes que derramaban copiosísi-



Traje para calle, adorno plissé, último modelo.



Traje de boda, piel de seda, con peto figurado.

ma lluvia sobre la tierra. Los truenos y los relámpagos se cruzaban en el espacio haciendo oír pavorosas detonaciones.

Un hombre de cuarenta años de edad—más ó menos—montando un mal caballo, caminaba por el ancho camino que conduce del Rimini á Serravalle.

Dos horas después cesó la tempestad; las nubes se rasgaron y dejaron ver el sol brillante en medio de un cielo limpio y azul.

"Serravalle" apareció por fin. Sus primeras casas, blancas como la espuma del mar que las baña, se distinguieron al través de las oscuras ramas de las encinas y castañas. El campanario de la iglesia levantaba al cielo su cruz de bronce y sus campanas llenaban el aire con sus alegres sonidos.

Pocos momentos después el ginete penetró por sus calles. Se detuvo ante una casa y preguntó por la del cura. Se la indicaron y encaminóse á ella. Se apeó al mismo tiempo que un anciano de venerable aspecto salía de la casa. Comprendió que sería el cura, y quitándose el sombrero, lo saludó.

El cura—porque cura era—contestó aquel saludo y dijo:

—¿Sois extranjero?

—No, señor cura: soy de Pesaro, en los Estados Pontificios.

—¿Vuestro nombre?

—Joaquín Rossini.

El cura oyó impassible aquel nom-

bre común para él; pero grande y glorioso entonces para toda la Europa.

En este instante, en el campanario de la iglesia tocaron el "Angelus."

—Seguidme—dijo el cura á Rossini.

Este le siguió, creyendo dirigirse á una cómoda habitación, donde pudiera descansar de las fatigas del viaje; mas no fué así, pues salieron á la calle, cruzaron la plaza y entraron en la iglesia, donde todo el pueblo esperaba ya al pastor.

El cura entregó á Rossini un libro de oraciones, y ambos fueron á postrarse al pie del altar de una imagen de la Virgen.

Pasaron algunos instantes: todos se pusieron de pie y el cura empezó a cantar el primer verso del "Stabat Mater;" de ese himno tierno, dulce y sublime que la iglesia canta á María por sus dolores. Rossini sólo rezó en voz baja.

El pueblo contestó con aquella entonación sencilla y poética nacida del corazón de aquellos pobres habitantes de la aldea y que sólo deben pronunciar los labios inocentes.

Rossini sintió un toque extraño en el alma: algo como una vibración de una voz interior que le impulsara á producir, á cantar, á crear: descendió á su cerebro la inspiración en haces de luz y sus ojos se llenaron de lágrimas. Empezó á cantar. Cuando concluyó el último verso,



Dos trajes para "sport".



Bata con adorno de "velours" y pasa manería, para señora joven.

cayó de rodillas ante el altar de la Dolorosa.

Después se levantó, pidió nuevamente al cura el libro de oraciones, para sacar copia del himno, y regresó con el cura á la casa.

Al siguiente día Rossini tomaba el camino de Ancona.

II

Dos meses después, una mañana se presentó en la casa del cura un hombre, queriendo hablar con él.

—¿Qué queréis?—preguntó una voz desde la sala.

—Traigo este encargo para vos—dijo el enviado, adelantándose y colocando en el suelo un gran paquete de papeles, en cuya cubierta podía leerse:

"STABAT MATER" POR ROSSINI.

"Al señor cura de Serravalle, José Luis Bulgiano."

El cura leyó aquello y preguntó: —¿Para mí es ese bulto? ¿Quién es ese Rossini?

—Sí, señor cura: "esto" es para vos. Es cuanto tengo encargo de deciros.

¡Es extraño! En fin, amigo mío, ponedlo en aquel rincón, y Dios quiera que yo no me vea en la necesidad de calentarme en el invierno con él, en vez de leña, que bastante cara estará. Tomad, amigo y volved en paz, agregó el cura, dando al mozo una moneda de plata.

III

Transcurridos algunos años de la anterior escena, D. Manuel Fernández y Varela, un español tan rico como ilustrado, llegó casualmente á hospedarse en casa del cura de Serravalle; y cierta noche, conversando con su huésped, el queño de la casa le llevó á la sala. Notó el espa-

ñol un paquete sucio, polvoso, colgado de un clavo, y preguntó qué era aquello. Después de limpiarlo leyó el sobrescrito y lanzó un grito de admiración.

—¡Pero, señor cura! Si tiene usted aquí un tesoro!

—¡Un tesoro! ¡Ese vejestorio!

—Ese vejestorio, señor cura, es una obra seguramente magistral del gran Rossini. ¿Y cómo está en este estado y en vuestro poder?

El bendito cura contó entonces a Varela lo acontecido.

Pocos meses después el español D. Ramón Varela, previa compra al señor cura de Serravalle, hacía imprimir la inmortal obra del compositor italiano, y con esa impresión, no sólo aumentó en mucho su colosal fortuna, sino que entregó al cura una fuerte cantidad y mandó construir en Serravalle una iglesia preciosa.

LO INSACIABLE.

Lucifer, aquel famoso ángel que prefirió á las bienandanzas de que gozaba al lado del Señor todos los horrores del infierno con tal de reinar en él, se hallaba sobre su trono de fuego, rodeado de su "endiablada" corte.

Allí, como siempre, se trataba del hombre, rica presa que había que arrebatarse á Dios para poder igualarse al Señor contra el que por soberbia se rebelaron.

—Cada día.—dijo Lucifer,—aumenta el número de nuestros prosélitos, porque vamos aprendiendo á conocer al hombre halagándole sus pasiones. Estoy satisfecho de todos vosotros, y pido que mis siete ministros me den cuenta de sus trabajos y de lo que han conseguido.

Siete son las principales pasiones del hombre, siete sois vosotros, y cada una de estas pasiones constituye vuestra cartera. ¡Veamos el resultado de vuestros trabajos!

—Yo—dijo un diablo mofetudo y encarnado—soy el que represento la gula y paso ratos deliciosos tentando á los hombres, sobre todo á los más viejos, que suelen amarme con más furor, y viendo cuántos trabajos soportan por saciar esta pasión. Metido yo dentro de su cuerpo, les aproximo los ricos manjares, y el que era sobrio y gozaba, por tanto, de buena salud, va poco á poco, deleitándose con los goces del paladar y olvidándose de aquélla. Algunos se me resisten; pero aquellos que no alimentan el espíritu, sin duda como están á media ración, van cada día aumentando la que corresponde al cuerpo; y tanto y tanto se atracan, que escasos de luz en el cerebro y de fuerza en el cuerpo, su-



Modelos para talles.—Delantero y espalda.



Elegantes trajes de visita y peinados á la moda.

cumben al fin, y aunque saciados, no pueden substraerse á mi influjo.

—Estoy satisfecho de tí—dijo Lucifer,—cumples cual corresponde; y hora que hable la "lujuria."

Al oír este mandato, se presentó á los pies de su rey aquel demonio que, ataviado con vistosas galas y siempre alegre y retozón la representa.

—Yo soy la que más hombres traigo á vuestro reino. En mis luchas en el interior de los mortales con mi enemiga la castidad, casi siempre soy la que vence, pues con mis intrigas llego á convencer al hombre de que soy la soberana del placer, ofreciéndole néctar y ambrosía, como se la ofrecí al primer hom-

bre en forma de sabrosa y fragante manzana del Paraíso, y seguiré ofreciéndole siempre en caprichosas y diversas formas; y aunque al fin casi siempre, saciado y avergonzado de sí mismo, llega a aborrecerme, suele ser ya tarde y cae en nuestras garras.

—Ahora me toca á mí—dice el irascible y movedido demonio que representa la ira.—Mi dominio sobre el hombre es también poderoso. Soy hijo de la soberbia, que me engendra para aplastar á los que se oponen á su paso; y aunque algunos no me dan importancia, martirizo al hombre como merece y le hago perder la razón, que es el mejor modo de apartarle de Dios; y después de luchar y luchar, se agotan sus fuer-

zas, y queda saciado, aunque no siempre perdonado.

—Que hable el diablo taciturno y esmirriado que representa la envidia—exclama Lucifer.

—Yo soy—dice—el baldón de la humanidad, en la que, salvo contados espíritus, penetro de tal suerte, que casi puedo llamarme reina y señora de ella, que me tiene royendo sus entrañas y apagando ella misma con los tormentos que le proporciona todo el furor de tan destructora pasión, que persiguiendo siempre la dicha ajena, labra su desgracia.

—También soy reina y señora del hombre—dice la pereza por boca del demonio que la representa y que se levanta lentamente para colocarse á los pies de Lucifer,—y por mí aban-

dona cuanto puede constituir su dicha, y el hambre, la sed y todos los tormentos del cuerpo, unidos al fastidio y al hastío, se apoderan del que me posee, que llega á ser tan infeliz, que no sabe si desearse la muerte para saciar mi sed de descanso.

—Ahora—dice Lucifer,—sólo falta la avaricia, que ha querido ser la última en darme cuenta: que hable y nos diga el porqué.

—Yo—exclama el demonio macilento, taciturno y raído, en quien está representada.—he aguardado á ser el último porque estoy convencido de que ninguna pasión del hombre es más fuerte ni más mezquina. Todas tienen algo que las disculpe y que las sacie; para mí no hay nada más que yo, y es tan terrible mi sed, que cuanto más me dan más necesito.

La soberbia tiene por fundamento la noble emulación; por eso, contenida en sus justos límites, fuera una virtud; la gula reconoce como primera causa la necesidad que siente el hombre para poder conservar la vida como Dios le ordena; si no traspasase los límites naturales, no fuera vil pasión.

La lujuria, aunque asquerosa y denigrante para el justo, suele comenzar por el amor que Dios ha inspirado á todo ser viviente para que se perpetúe y multiplique.

La ira misma puede ser producida por una justa causa; hasta la vil envidia puede en ocasiones ser hija de una triste situación, y la pereza necesidad de un cuerpo y un espíritu debilitados y empobrecidos; pero la avaricia, contraria á la naturaleza misma, no tiene disculpa ni se ve jamás saciada. No busca goces de la materia, sino que la mortifica para mejor atesorar. Tampoco satisface al espíritu que, dominado por tan mezquina pasión, no puede conseguir su objetivo final, el bien, la belleza y la verdad.

Y, finalmente, es insaciable, porque el cuerpo no puede saciarse de nada que es lo que le da, ni el espíritu de una sola idea. Por ello el avaro muere impenitente, y yo sola traigo más hombres al infierno, que juntas mis seis hermanas.

Dolores Gonzalo Mirón.

LIED.

Se adoraban los dios, más su secreto
Ninguno confesaba;
Mirábase cual fieros enemigos,
Y el amor los mataba!

Separáronse al fin, y sólo en sueños
A veces se veían...
Hacia largo tiempo que en la tumba
Sin saberlo dormían!

J. B. PEREZ BONALDÉ.

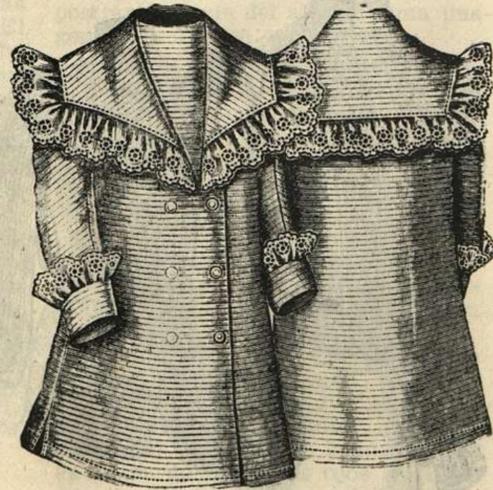
Vocación artística:
—¿Quiere usted formar parte de mi compañía dramática?
—Sí, señor.
—¿Ha trabajado usted mucho?
—Sí, en varios teatros.
—¿Y qué partes ha desempeñado usted?
—He figurado en las "Voces de pueblo en lontananza."



Trajecito para niño.



Talle calado y pelerina para la estación.



Trajecito para niño.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO I.--NÚM. 23.

MÉXICO, JUNIO 8 DE 1902.

Subscripción mensual foranea, \$ 1.50
Idem. Idem. en la capital, „ 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



EN PRIMAVERA.--ALREDEDORES DE MÉXICO.

TOCA, TOCA, TOCA....

Música de las "Campanas de Carreón."

Después de una permanencia de varios días en Puebla, se regresa con las pupilas inundadas de luz y los oídos atestados de ruido. Aquella población privilegiada por su clima y por su cielo, histórica y heroica, tiene en la República el monopolio del ruido. No ciertamente el de las bocinas de las máquinas, habiendo muchas, ni del rodar de los carruajes, ni el de los timbres de los tranvías, ni el del tumulto ensordecedor de las multitudes.

En Puebla el ruido no viene de abajo, sino que cae de arriba; ahí, en tiempo de guerra truenan cañones, y en tiempo de paz repican ó doblan campanas. En una exposición de la campana á través del tiempo y del espacio, Puebla obtendría, sin competencia posible, el gran diploma de honor.

Las hay de todos tamaños, desde la saboyana hasta la Campanilla de los Apuros; de todos los timbres, desde el ronco bordón hasta la aguda esquila; de todos los tonos, desde el contrasol grave hasta el fa sobre agudo; de todas las escuadrías, desde la del coloso hasta la del pigmeo. Con aquel bronce podría fabricarse no sólo una columna, sino una columnata Vendome, y rehacerse toda la artillería alemana. Y no es eso lo peor, sino que suenan todo el día y casi toda la noche y presiden á todos los actos de la vida.

A las cuatro de la madrugada, el alba, discreta como luz de alborada. La noche se despide con campanadas lentas, monótonas, como un sueño que se disipa. Aquello no es alegre, regocijado, entusiasta como surgimiento de aurora, sino lánguido y triste como despedida de sombras. Aquella despedida es eterna; dura, se prolonga, se perpetúa, parece que no ha de terminar nunca. Julieta parece decir á Romeo: «No, no es la alondra; es el ruiseñor.»

El toque de alba dura hasta muy entrado el día y enlaza pintorescamente con la llamada general á las primeras misas. Este campaneo es apremiante, conminatorio, precipitado. No se trata ya de arrullar las últimas horas del sueño, sino de excitar á los perezosos, de hacer saltar de la cama á los retardatarios, de despoblar las alcobas, de repoblar los templos. El campaneo es general; como al rededor de cada casa hay tres ó cuatro iglesias, en cada iglesia diez ó doce altares y en cada altar se dicen de tres á cuatro misas por hora, y como para cada misa de cada altar y de cada templo se hacen tres llamadas, más ó menos, de diez minutos cada una, á partir de las cinco de la mañana, y á veces antes, Puebla se inunda de armonía; todo vibra, todo resuena; se cree estar dentro de un piano á la hora del estudio; nadie oye lo que otro le dice, y sólo por escrito puede comunicarse el pensamiento.

Aquella sonora situación se prolonga más ó menos hasta medio día, con una variante: entre nueve y diez las campanas llaman á misa mayor por columnas de compañía; ya no suenan en orden disperso, sino en masas compactas, por grandes efectivos, maniobrando por cuerpos de ejército, de cien en fondo, y anunciando en la misma forma todos los pasos de la ceremonia y las trágicas peripecias del santo sacrificio: el introito, el prefacio, la epístola, el evangelio, la consagración, la elevación, etc., etc. Viene después á las doce el Angelus, que dura generalmente hasta que se acaba.

A las dos de la tarde, derrengados, los campaneros se retiran á almorzar dejando suplentes que de ahí á las tres doblen por los muertos ó repiquen en conmemoración de los fastos nacionales. A esta hora se reanudan los trabajos con la pertinaz y lenta cuanto interminable llamada al sermón y ésta encuenda, sin levantar mano, con las llamadas al mes de María, al Rosario ó al culto de Nuestro Amo. Excusado es decir que todos los campaneros repican sin cesar al descubrirse y al volverse á cubrir la Forma, al entonarse cada cán-

tico á cada padre nuestro y cada ave maría y durante el desfile y procesión de los fieles.

Gracias á estas acertadas disposiciones, puede llegarse sin dificultad hasta las ocho de la noche, en que se inicia el toque de ánimas; vienen después la queda, el cubrefuego, etc., etc., que permiten «sperar l'alba novella.» Al día siguiente todo vuelve á comenzar dentro del mismo programa. Los domingos y días festivos, los repiques y llamadas son dobles y más intensos.

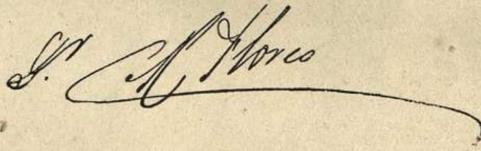
Ante estos hechos patentes é innegables, ocurre preguntar ¿á qué horas platican los poblanos? ¿á qué horas meditan? ¿á qué horas duermen? ¿cuál es el jornal de un campanero de número ó de un adjunto? ¿qué tanto por ciento de la población vive en los campanarios y de los campanarios? ¿qué número de brazos quedan disponibles para la agricultura y la industria? ¿si no tendría más cuenta la tracción eléctrica para las campanas en vez de la tracción animal? y en este supuesto ¿si los miles de caballos de vapor que suministran las caídas de Portezuelos bastarían para dar vuelta á las esquilas y hacer oscilar los badajos? Caso de no bastar, que no bastarán, ¿no podría canalizarse hasta Puebla la fuerza que desarrollan las Cataratas del Niágara con el objeto indicado?

Sobre todos estos interesantes puntos quise ilustrarme; pero jamás pude oír á mis ilustrados interlocutores ni hacerme oír de ellos.

En Puebla hay que vivir en silencio en medio del ruido.

Ya en México he sabido que un estadista poblano ha calculado que con el bronce de las campanas de allá, se puede hacer una coraza al planeta, y que puestas unas al lado de las otras las vibraciones que producen al día, se podría hacer con ellas una guirnalda á la Vía Lactea.

En esto me parece que hay algo de exageración.



EL HEROE.

Es en las afueras de la ciudad, al extremo de un camino. Hay un cerco, algunos metros de tierra buena, y en el fondo, con las ventanas sobre el río, una casa de modesto propietario, semirrentista, semipaisano.

Es allí donde vive el viejo.

Tiene cabellos blancos, barba blanca, una faz como una mota de algodón, donde parpadean dos ojos de color de tierra.

Pues todo el día él remueve la tierra, la buena tierra; y las rosas germinan, se abren en turno suyo; las rosas de carne, las rosas de sangre, en una floración maravillosa, como para perfumar todas las fiestas de la virgen durante un siglo.

Pero los pájaros que pasan por encima del jardín agitan las alas y siguen sin jamás detenerse allí. Porque sobre el anciano, solitario y grave, sobre las ventanas, sobre las rosas, flota una polvareda de tristeza, impalpable y pesada.

Nadie penetra nunca en el jardín, en la casa.

Algunas veces, muy de tarde en tarde, un kepis galoneado aparece en la portezuela cerrada del cerco; es un coronel ó un general, que al cruzar por allí se ha acordado.

—«Sí, creo que es aquí.....»

Y se detiene entre dos trenes para cumplir la peregrinación. El oficial sacude el cerco. La puerta continúa cerrada; pero allá lejos, en medio de los rosales, hay un viejecito, inclinado sobre las platabandas.

¡Hola!.....buen hombre.....¡hola!

El hombre se vuelve, apoyado sobre la azada.

—¿Es aquí donde vive el coronel Nominé? Entonces sucede siempre lo mismo. El vie-

jo, sin responder una palabra, deja la azada, se aleja, entra y corre el cerrojo en la casita, donde permanece encerrado, hasta que el kepis, cansado de esperar, se retira y dobla el recodo del camino.

El coronel Nominé.....

Un vuelo de victorias se eleva ante este nombre.....Fou-Tcheu..... Bac-Winh.....Song-Tay.....Tuyeu-Quau..... Lo suficiente para llenar la tela de una bandera.

Y era á él á quien se veía siempre adelante, con el sable rojo: un héroe.

Cuando regresó de las rutas de gloria, se retiró á su ciudad natal. Una pequeña ciudad, lamida por el Marne.

Y la ciudad se enorgullecó. La municipalidad organizó fiestas. Sus conciudadanos se unieron para ofrecerle una espada de honor; él rehusó las fiestas; rehusó la espada.

Llegó en un tren nocturno, y bordeando las murallas para no encontrarse con nadie, corrió á encerrarse en la casa á orillas del río, sin atravesar la ciudad, á la cual no bajó nunca.

En los primeros tiempos, varios indiscretos recorrieron el camino del ermitaño. Había tantas cosas que ofrecerle! candidaturas políticas, presidencias de mil sociedades. Todos chocaron con la puerta del cerco, inexorablemente cerrada. Y poco á poco se cansaron....

Se dijeron:

—«Es un salvaje; un hipocondríaco.»

Y él, en su jardín, mientras cultivaba sus rosas, miraba.....miraba muy lejos, en el fondo del espacio.....Era una evocación lo que allá veía.

Los soldados marchan cantando, á lo largo de las rutas amarillas.....

Luego, bruscamente, ligeras burbujas de humo pasan por entre los bambúes; y la canción se interrumpe; los hombres se estrechan, llenos de ansiedad. Algunos prorrumpen en un ¡ay! y se abaten. Las filas están graves....

Luego son pagodas que se escalan al través de los rosales.....Trofeos de cabezas cortadas.....Después, la desolación febril en los plantíos de arroz, á los cuales se entra hasta la rodilla.....y cosas allí perdidas, sumidas en el fango: fusiles rotos, soldados muertos.....

Y aquélla era su obra, su gloria.

Esa visión de la muerte que había creado, lo perseguía, alzaba ante él como el eterno espanto. El olor fétido le oprimía la garganta.....aun entre las rosas, aun en medio del perfume y de la vida de aquellas flores fragantes y múltiples, que cultivaba con pasión.

Pues éste era su sueño actual: castigar la tierra que alimentó él con cadáveres, y hacer germinar en ella la vida.....

Una vez una mujer se presentó en la casa.

Era alta y bella. Venía de muy lejos. Se había entusiasmado con las acciones del héroe y partió de su casa, atravesó Francia y llegó para tributarle simplemente su admiración...

Llamó en la puerta del cerco, como los otros, y se halló frente al anciano.

No la despidió. No huyó ante la importuna.....Pues la gloria siempre es dulce cuando se refleja en el corazón de las mujeres.

Ella comenzó, un poco exaltada:

—¿El coronel Nominé.....el héroe?.....

El la interrumpió dulcemente:

—¡Chist!.....Ved mis rosas.....

Las contemplaba, conmovido de ternura y orgullo.

Las milagrosas flores ondulaban sobre sus tallos como en un altar maravilloso.....Pero de pronto, el anciano palideció; un soplo de terror pasó por su rostro.

Aquellas flores eran demasiado exuberantes; parecían congestionadas, con una intensidad de vida extraordinaria. Su floración desbordábase, invadía el espacio.

Y si él hacía así levantar en derredor esa vegetación anormal, espantable, ¿no era acaso porque llevaba adheridos á las suelas de sus zapatos restos de podredumbre, piltrafas de cadáveres que fecundaban la tierra bajo sus pasos?

La visitante llevaba, en testimonio de su

admiración, una cruz de honor, recamada de brillantes.

—No.....—dijo el viejo rechazándola.

Y le pidió el ramo de violetas que llevaba ella en el pecho: porque esas flores habíanse abierto en la tibieza de un seno de mujer, de una fuente pura y fresca de vida.

—Pero—exclamó la joven angustiada—el coronel, el héroe..... ¿sois vos?

El viejo la empujó, contestándole con la voz bruscamente dura:

—Idos.....¿Acaso no estáis viendo que no soy un soldado, que soy un campesino?

La siguió con los ojos mientras ella se alejaba. Por un minuto contempló la falda que desaparecía lenta en la curva del camino. Después volvió á tomar su pala y prosiguió removiendo la tierra.

Pero las paletadas de tierra caían con un ruido blando y sordo, como sobre capotes de soldados muertos...

PIERRE LOTI.

JAVIER DE MONTEPÍN.

La última y muy célebre figura de aquellos novelistas populares que Alejandro Dumás, padre, capitaneaba y de los que Denery era el penúltimo superviviente, acaba de desaparecer. Javier de Montepín ha muerto.

Siempre la crítica se dió amplio vuelo en el campo de la obra de tan fecundo novelista; algunos pedantes creen darse importancia de selectos, diciendo, que desconocen por completo la producción de Montepín; otros se burlan; pero la multitud, que durante medio siglo se rió y lloró con las narraciones del conde, esa multitud que glorifica y consagra, atestiguará que en el escritor hubo imaginación desbordante, fecundidad prodigiosa y extraordinaria potencia de trabajo.

Fué pródigo en las polémicas, en los artículos periodísticos, y en las novelas que se cuentan por centenares.

Montepín tenía vocación irresistible por las letras y tuvo que luchar con la frialdad del medio en que se desarrollaba. No bastó que



CORONEL FRANCISCO ORLA, nombrado Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de Guatemala en México.

su tío, el marqués de Montepín, lo desheredase y lo confinara al castillo de Montepín, en Maconnáis, ni que su padre lo descorazonara en sus primeros ensayos. Por todo pasó y fué á redactar un periódico, «Sífide,» dirigido por un peluquero que le pagaba á tres francos (sesenta centavos) la columna.

La notoriedad llegó poco á poco. «Les Chevaliers du Lansquenet» hicieron que la atención pública se fijara en el novelista, y cuando en el viejo «Figaro» apareció «Mari de Margarite,» «Villemessant, el director le dijo: «Amigo, esto es un éxito sin precedente, es necesario que la novela no termine, escriba usted una segunda parte.»

Esta segunda parte tuvo tanto éxito como la primera, y Montepín, definitivamente, se hizo célebre.

El porte de Montepín era espléndido: su cuerpo medía seis pies de altura, poseía una fuerza extraordinaria, manifestaba culto por todo lo bello y su mesa era magnífica y deliciosa, profusa y refinada, al grado de que sería difícil encontrar otra semejante. El conde mismo trinchaba, servía y cuidaba de sus invitados, haciéndoles los honores con una finura y sencillez exquisitas.

Era benévolo con todos; pero ¡ay de aquel que se expresara mal de sus amigos: tenía una réplica inmediata, con palabra anonadante y convicción apasionadora!

Después de tanto trabajo y de tanto éxito, no

puede decirse que haya logrado la notoriedad á que era acreedor. La república no podía tenerle confianza: era muy natural; él no la quería. Al imperio no opuso resistencia, todo lo contrario: le ayudó en su desarrollo; pero cuando se le ofrecía algún cargo, no lo aceptaba, alegando lo incompatible de las labores á que estaba acostumbrado, con las que le impusieran los deberes civiles, ó de pública administración.

Cuando la guerra, le aconteció una aventura que hizo circular mucho su nombre entre el público. Era prefecto de su pueblo natal (Frottey pres de Vesoul) y tuvo que marchar rumbo á Breme; allí se desarrolló el sucedido.

El nombre de Montepín gozaba de celebridad y corría de boca en boca. Se supo su llegada al pueblo alemán é hizo el ruido consiguiente, por más que nadie ó casi nadie de aquella gente supiera á punto fijo á qué se debía aquel renombre. Un empresario y director de conciertos creyó que se las había con un cantor célebre y se apresuró á invitarlo para que desempeñara un número sensacional en la fiesta que estaba para darse. Prometióle un programa extraordinario, una «claque» sin precedente, todo cuanto, en casos semejantes, ofrecen los negociantes de espectáculos.

Montepín rió con sus compañeros; pero no cantó, no podía cantar. El empresario se había adelantado y el anuncio circulaba ya en público. Llegó la hora del espectáculo y hasta entonces se explicó la equivocación del empresario. El público

concurrente al teatro no se molestó é hizo sólo que se le explicara con claridad quién era el huésped notable que tenía el pueblo. Sobre este asunto Montepín escribió, y á la vez que aumentaba su fama, hizo que su engañado empresario ganara dinero.

Pasó mucho tiempo mezclado á la vida parisiense por sus relaciones de periodista y de autor teatral. Fué amigo de los dos Dumás, de Villemessant, de Deennery, de Scholl, de Julio Simón, de Ivon y de muchos otros. Había visto que la muerte le arrebatara á todos sus compañeros y se había alejado á sus propiedades, en el pueblo de Cabourg, y en su bellísima habitación de Passy.

La pérdida de su esposa le produjo un gran abatimiento y dijo que se sentía feliz con morir, para marcharse al mundo en que habitaba su compañera.

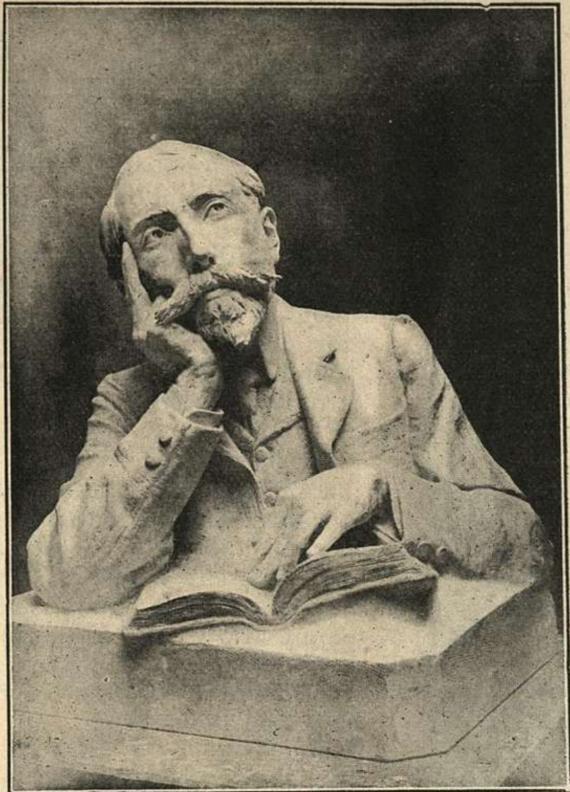


DR. HENDRIK MULLER, Comisionado bôero que visita nuestro país.



JAVIER DE MONTEPIN.

La obra poética en los Juegos Florales.



BUSTO DEL POETA AMADO NERVO,
ejecutado por el artista mexicano Fidencio Nava,
y admitido en París en el salón de 1902.

VIEJO ESTRIBILLO.

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente,
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?
—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,
Es un rayo de luna.....

¿Quién gritando mi nombre la morada recorre?
¿Quién me llama en las noches con tan trémulo acento?
—Es un soplo de viento que solloza en la torre,
Es un soplo de viento.....

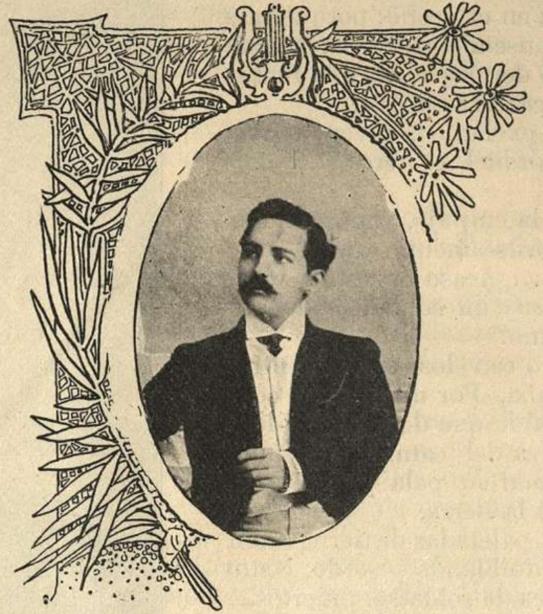
¿Dí, quién eres, arcángel cuyas alas se abrasan
en el fuego divino de la tarde y que subes
por la gloria del éter?
—Son las nubes que pasan,
Mira bien, son las nubes.....

¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío?
Lluvia son de diamantes en azul terciopelo.....
—Es la imagen del cielo que palpita en el río,
Es la imagen del cielo.....

Oh Señor! La Belleza sólo es, pues, espejismo,
Nada más Tú eres cierto, sé Tú mi último Dueño.
¿Dónde hallarte, en el éter, en la tierra, en mí mismo?
—Un poquito de ensueño te guiará en cada abismo,
Un poquito de ensueño.....

Amado Nervo

Quinta Mención.



DE "NIEVES."

....La llanura estaba desierta;
nosotros estábamos solos, pen-
sativos y teníamos quince años.
MUSSET.

Las pálidas nieblas, María, que bajan al valle,
Las pálidas nieblas que vienen de la alta montaña,
Son tristezas muy hondas, muy frías, tristezas de Invierno
Que vienen buscando las muertas fragancias,
Las que huyeron de todos los cálices mustios
De los amarantos y de las acacias.
Declina la tarde: el Sol ha borrado
Sus múltiples oros, sus ópalos vivos y sus escarlatas
Sangrientas, y entona la sombra nocturna
Una melancólica y triste balada.
Escucha: la queja que vibra en el aire
Tiene entonaciones pastoriles, lánguidas;
Es la misma queja que oyeron antaño
Los tiernos pastores de la vieja Arcadia;
La idílica queja que el Pan mitológico
Preludió en su flauta
Y que reprodujo más tarde Virgilio
Bajo el hondo palio del cielo de Italia.
El rebaño blanco, de impoluto armiño,
Silencioso y grave cruza la cañada,
Batilo suspira y Berta, la hermosa
Pastora gallarda,
Reclina en el hombro del amado imberbe
La gentil cabeza de oro diademada.
Déjalos que pasen, ¡oh núbil María!,
Y bajo las ramas
De este terebinto rumoroso y frágil,
Juntos escuchemos la triste balada
Que entona la sombra, llenando el espacio,
La idílica queja que vibró en la Arcadia
Y que reprodujo más tarde Virgilio
Bajo el hondo palio del cielo de Italia.
¿No es verdad que la agónica tarde
Es una plegaria?
Pues oremos. Amor es el Sumo Pontífice
Y son sus devotas las jóvenes almas.

Salvador Martínez Domínguez.

Cuarta Mención.

GERMINAL.

Yo escuché la canción: era gigante;
Y en el misterio de la noche umbría
Y en el rodar del aura resonante
Palpitaba la enorme sinfonía.

Y al aura pregunté: ¿Qué voz ignota
Y extrañamente musical, lozana
Como una juventud, abre su nota
Semejante al reir de la mañana?

Y el aura respondiome alzando el vuelo
Para emboscarse en las tupidas frondas:
Es un beso de amor, de amor y anhelo,
Que envolví al paso y arrastré en mis ondas.



Ramón Adrián Villalva.

Nacido de un rubor y una esperanza,
En un naciente hogar, su ritmo lleva
Los presagios de incógnita bonanza
Y los temblores de la carne nueva.

Y lo arrastro en mis alas, confundido
De los bosques sonoros al aliento,
Al úber polen y al cantar del nido;
Y en un fecundador sacudimiento

Yo los disperso en el callado ambiente
Como átomos de vida; escucha, escucha,
Alzan la trova del vigor naciente,
El himno eterno de la eterna lucha.

Y de la vida ensánchase el imperio
Y todo canta á la naciente aurora:
Oficia amor y cúmplase el misterio;
Arrodíllate y ora.

Y canté versos y ofrendé mis flores
Al Alma Genetrix, nunca rendida;
Volví á cargar mi alforja de dolores
Y proseguí el camino de la vida.

E infecundo y errante y solitario,
Anduve, anduve, y encontré doquiera
En cada flor un místico santuario
Y en cada corazón la Primavera.

Anduve, y un aliento fatigoso
De incesante labor me perseguía,
Y del aura en el vuelo rumoroso
Palpitaba la enorme sinfonía.

De la vida inmortal, eterno emblema,
El maizal destrenzaba sus panojas,
Restallaba de súbito la yema
Al entreabrir su ramillete de hojas.

Flujo de savia con chorrear de fuente,
Bullidor, ascendía á los renuevos,
Fermentaba en el surco la simiente,
Y hervía el germen en los frutos nuevos.

Y crecía el bregar como un anhelo,
Y, jadeante, triunfal como la gloria,
Hendió de pronto el estrellado cielo
Un grito de dolor y de victoria.

Y al aura pregunté: ¿Quién de tal modo
Atruená el aire con su trova santa?
Es el amor que lo fecunda todo,
Arrodíllate, y ora, y vive y canta.

Y escucha el salmo resonante y puro
En la hora sacra de dolor y prueba;
Es la Creación que marcha á lo futuro,
La materia inmortal que se renueva.

Que su victoria en el hogar pregona,
Y en la cuna desgrana su vagido;
Es la inocencia que su rima entona,
Es el beso de amor que ha florecido.

Y yo, el paria, el errante sin amores,
Canté al amor en actitud rendida;
Volví á cargar mi alforja de dolores,
Y proseguí el camino de la vida.

RAMÓN ADRIÁN VILLALVA.
Septima Mención.

À DON QUIJOTE.

Aquí vengo, valiente caballero,
á buscar el apoyo de tu espada,
de tu famoso y formidable acero.

Has de saber que soy una cuitada
princesa que del mundo en los confines
habitaba mi alcázar retirada.



Severa Aróstegui.

Unos encantadores malandrines
robaron mi poder y mi corona,
con diabólicas artes los ruines.

Cambiaron por completo mi persona,
convirtiendo en tu atenta servidora
á Su Alteza la gran Micomicona.

Con tal motivo me presento agora;
pues no permitirás, oh noble andante,
que se burlen así de una señora.

Ceñía con orgullo mi abundante
diadema, de cabello tan obscuro
como es el ónix y como él brillante.

Mi cara como albérchigo maduro.
los ojos negros, calidad suprema,
erguido el cuerpo y el andar seguro.

Esos gigantes de maldad emblema
al pasar hacen surcos en mi frente
y arrojan canas en mi real diadema.

Era mi corte noble y excelente,
formada por galanes escogidos
que á mis pies se postraban servilmente.

Imploraban amantes y rendidos
de mis ojos ardientes los destellos,
todos estaban de mi amor perdidos.

Rubios, morenos, varoniles, bellos;
y cuando ya escoger me proponía,
se volvieron borregos todos ellos.

Así como en ridícula bacía
convirtieron tu «Yelmo de Mambrino,»
un palacio de ideales yo tenía.

Y en molino de viento de un camino
lo trocaron de pronto, y he quedado
quiera ó no, dando vueltas al molino.

En esta condición y en tal estado,
ya me matan la rabia y el despecho
por ese grande y vil desaguisado.

Yo te ruego defiendas mi derecho
y que vengue tu brazo poderoso
los muchos daños que me habeden fecho.

Por tu hermosa princesa del Toboso
persigue sin piedad á esos follones
sin concederles tregua ni reposo.

Ellos son asesinos y ladrones,
destruyeron á heridas mi semblante
y robaron mis bellas ilusiones.

¡Zus! ¡á ellos! Que vuele Rocinante;
contigo dudo que á luchar se atrevan.
¡Quítales por favor un solo instante
de mi amor y mi dicha que se llevan!

México, Abril de 1902.

SEVERA ARÓSTEGUI.
Sexta Mención.



Laura Méndez de Cuenca.

SEQUÍA.

Reverbera la mica en la montaña;
las hierbas sin aroma y sin rocío
se despojan del lujo del estío
y enhebra en ellas su cendal la araña.

Mezquina sombra de menguada caña
que ni á un gusano devolviera brío,
es codiciada por el mustio río
cuya corriente ni los guijos baña.

Desde alta cima el labrador otea
á las reses de sed desfallecidas
en la sabana que al incendio humea;

y mientras que las almas afligidas
á rogación convocan en la aldea,
las nubes de oro vuelan esparcidas.

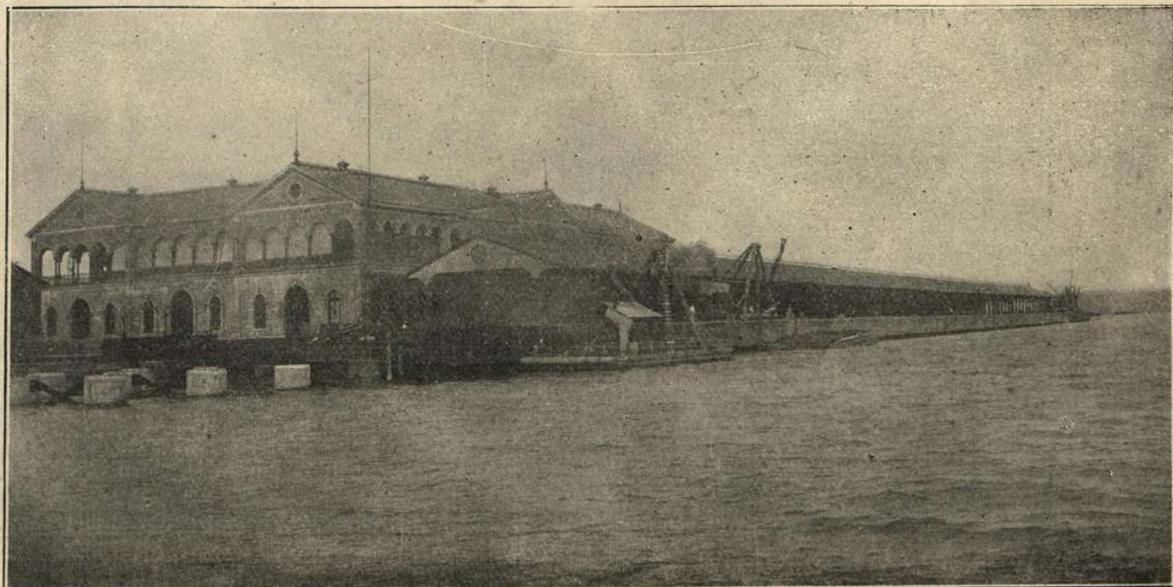
LAURA MÉNDEZ DE CUENCA.
Octava Mención.

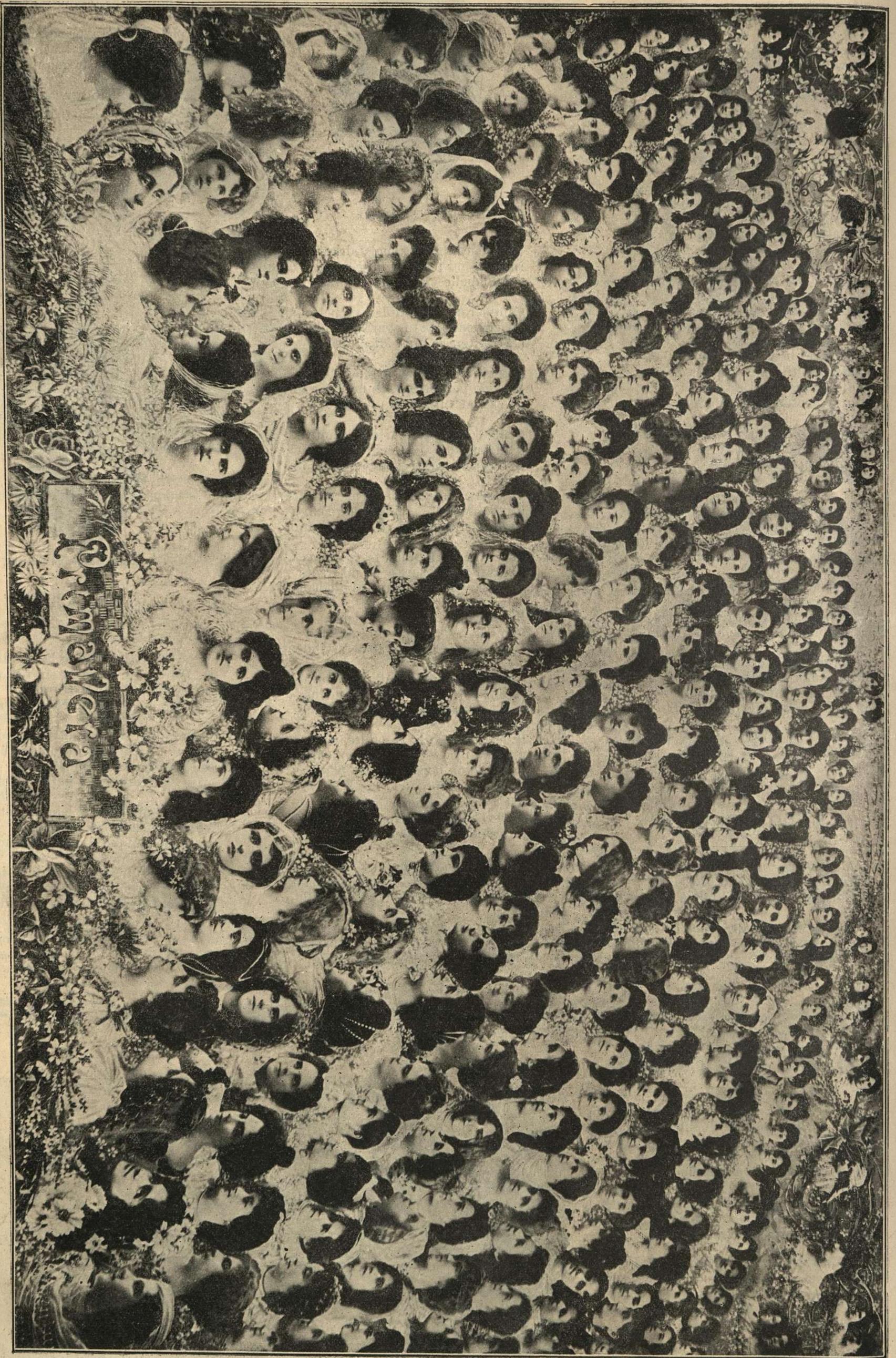
EL MUELLE DE TAMPICO.

El comercio espera con ansiedad la terminación del muelle de acero que construye en Tampico la Compañía del Central Mexicano y que substituirá al de madera que destruyó no hace mucho un terrible incendio.

Los trabajos de construcción están muy avanzados y no pasará un año sin que la gran obra quede terminada. El muelle se asienta sobre macizos pilotajes metálicos y su armadura está hecha bajo un sistema enteramente moderno.

El tramo del frente de los edificios de la Aduana está concluído en todas sus partes, como puede verse en nuestro grabado. Considerado á lo largo, el muelle tiene dos secciones, una alta y otra baja: la primera queda á la altura del piso de los furgones y mediante la uniformidad de nivel, las operaciones de carga y descarga serán fáciles en extremo. La segunda, es la destinada á la vía por donde deben penetrar los trenes.





Damas Guatemaltecas.

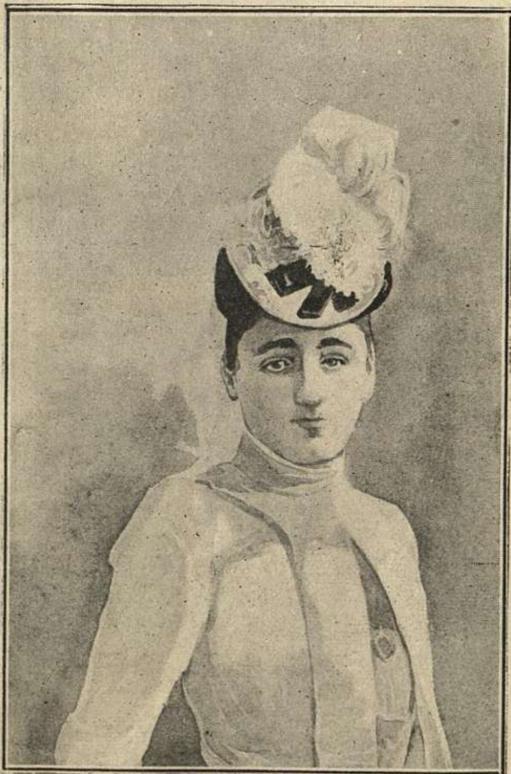


Mme. HUMBERT.

Los grandes Estafadores HUMBERT.

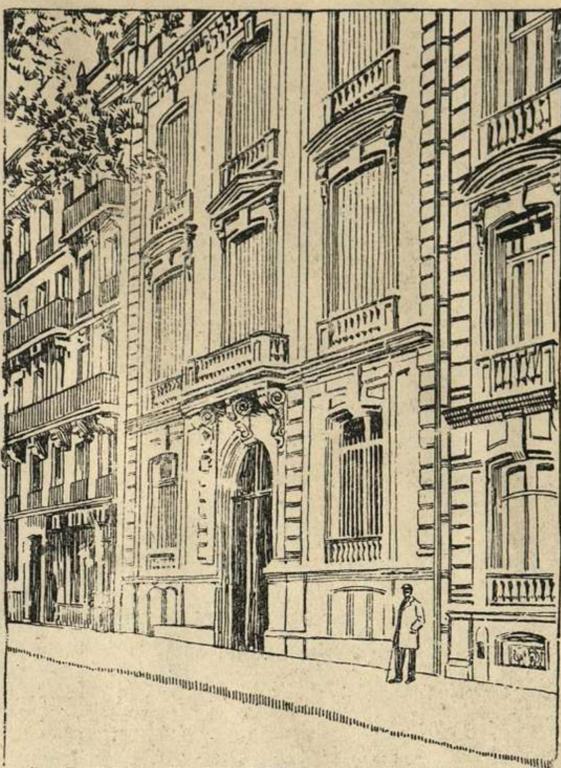
No data de ayer el principio del escandaloso robo que el mundo del noticierismo ha bautizado con el nombre de Humbert-Crawford, y que ha pasado bruscamente del estado civil al criminal, colocándose en la serie de las causas célebres.

En el año de 1878, la señorita Teresa d'Aurignac, originaria del pueblo de Bauzelle, cerca de Tolosa, contrajo matrimonio con Federico Humbert, hijo del señor Gustavo Humbert, jurisconsulto distinguido, que murió hace algunos años, después de haber sido diputado, senador, guardasellos y presidente de la Contaduría (Cour de comptes). La esposa llevó en dote la bagatela de cien millones, provenientes, según el relato de la dama, de



Mile. MARIA D'AURIGNAC.

la herencia de un riquísimo americano apellidado Crawford; pero durante los trámites testamentarios, aparecieron dos pretendidos sobrinos del testador, que obligaron á la señora de Humbert á mantener intactos los millones, hasta que se obtuviera una resolución definitiva de los tribunales. Mientras tanto, el matrimonio hubo de vivir recurriendo á préstamos,



La casa en la Avenida de la Grande-Armée.

Esta situación duró veinte años, y la suma total recibida por los esposos Humbert, ascendió á más de cincuenta y seis millones, que permitieron mantener un gran lujo y comprar numerosas propiedades.

Pero los Crawford, tío y sobrinos, el testamento y los millones legados no han existido más que en la imaginación de la señora Humbert, autora y alma de toda esta audaz maquinación.

Un acreedor impaciente tuvo algunas sospechas é iudujo á la justicia á que visitase la famosa caja fuerte.

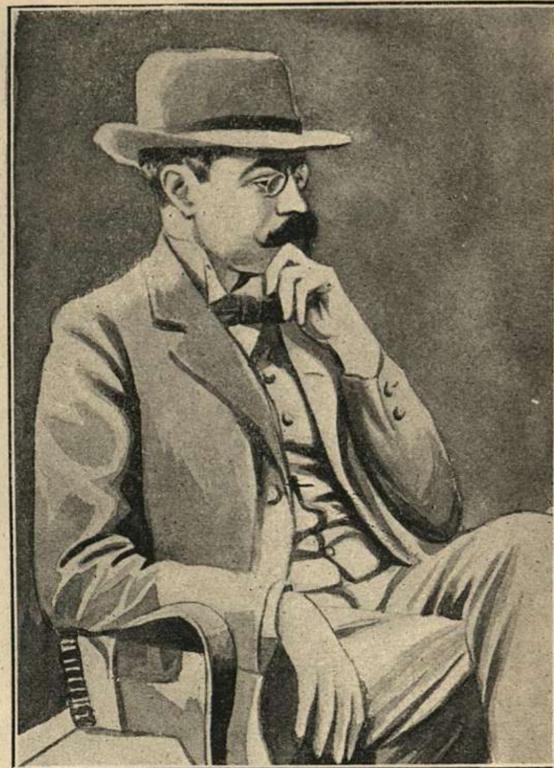
La casa donde se la guardaba al abrigo de los indiscretos, está situada cerca del Bosque de Boulogne, en el núm. 65 de la Avenida de la Grande-Armée.

Es una suntuosa casa de tres pisos, hecha de piedra labrada, y tiene un aspecto majestuoso. Las ventanas del primer piso están protegidas por fuertes rejas. La puerta cochera y las ventanas están coronadas con un blasón que tiene esta divisa: «Pro Fide et Patria.» Es bueno decir que tal blasón y tal divisa pertenecen al conde Branicki, á quien los Humbert habían comprado el inmueble en 1886, por la suma de 600,000 francos pagados..... en papel. El interior del hotel es suntuoso: ricas colgaduras, muebles raros y gran cantidad de cuadros de famosos maestros y objetos de arte.

Allí fué á donde, en ausencia de la familia Humbert —que se había eclipsado misteriosamente desde la antevíspera del día 9 de mayo,— se presentó la justicia buscando la caja fuerte con los cien millones. Fué necesario llamar unos obreros para que descerrajaran el cofre; y cuando la puerta cedió, con gran sorpresa se vió que allí no había más que unas cuantas alhajas sin valor y papeles insignificantes.

Al siguiente día se practicaron algunas pesquisas en las oficinas de la Renta vitalicia, que pusieron en claro que estaba vacía la caja social y que había desaparecido Román d'Aurignac, que, con el concurso de Emilio y Luis del mismo apellido y de tres empleados, administraba esa institución financiera, destinada, bajo una apariencia de banco de seguridad, á verter las economías de los desgraciados subscriptores en la escarcela de la hermana, pretendida millonaria.

La Sra. Humbert debe de contar unos cuarenta años. La reproducción de su retrato completa la reseña que pudiéramos hacer de su opulenta persona. Ha sido lo que la prensa llama «una de las personalidades parisienses más conocidas.» Tiene gran partido en la sociedad mundana; y en su palco de la Opera —uno de los más ricos— hacía ostentación de sus hermosas joyas, mucho menos por coquetería que



M. HUMBERT.

por mostrar públicamente una especie de certificado de riqueza.

Federico Humbert nació en París el 19 de julio de 1857; pronto, pues, contará cuarenta y cinco años. En 1885 se hizo elegir diputado en el departamento de Seine-et-Marne, donde poseía grandes propiedades; pero los electores no le renovaron el cargo en 1889, y desde entonces se apartó de la política, repartiendo sus ocios entre la pluma y el pincel. Expuso varias obras en los Salones y, con el seudónimo de François Haussy, publicó hace tiempo un volumen de versos, entre los cuales hay unos que se llaman: «Los verdaderos ricos.»

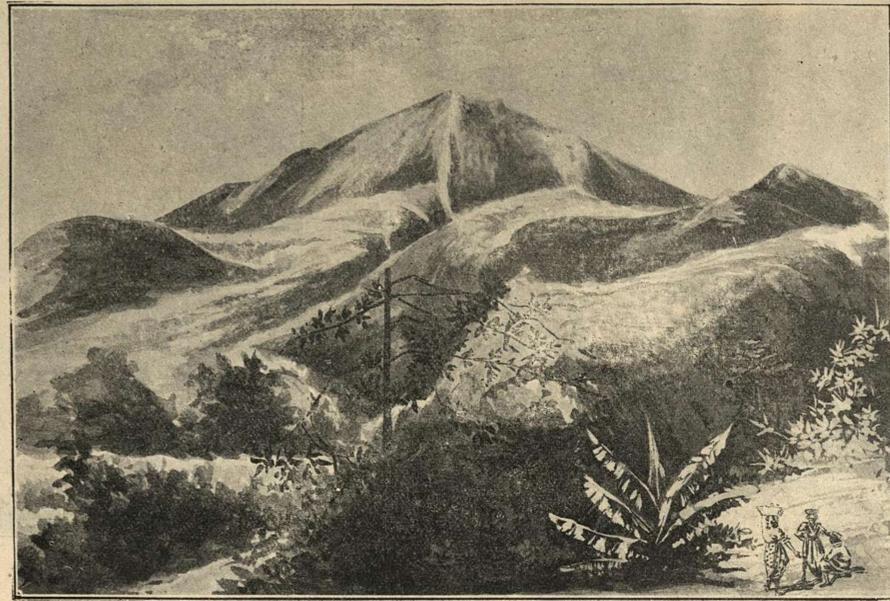
La señorita María d'Aurignac es más joven que la señora Humbert.

Román d'Aurignac ha tenido una existencia muy accidentada. Después de ser un humilde empleado en un bazar de Tolosa, pasó á la América del Sur, radicándose un tiempo en Santa Fe y luego en Buenos Aires. En 1885 fué al Cáucaso; en 1897 á Madagascar y más tarde á Túnez, siempre practicando una «explotación» ventajosa.

Las órdenes de aprehensión contra los cuatro fugitivos fueron dadas inmediatamente, y mientras tanto, han sido presos tres presuntos cómplices: uno confeso, M. Parmentier, y dos antiguos notarios, Durmont y Langlois.



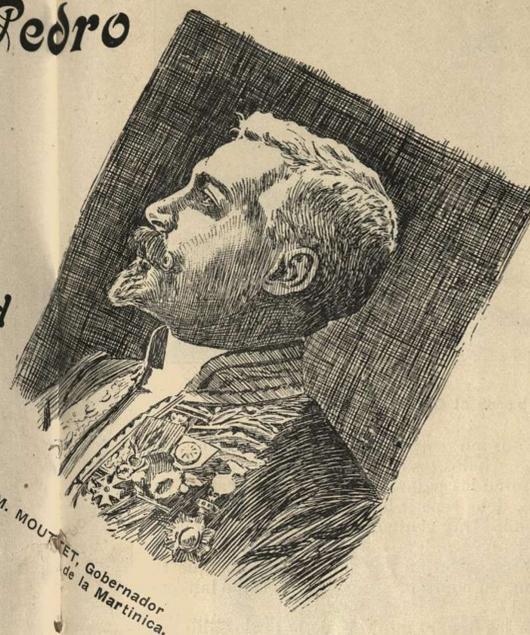
M. D'AURIGNAC.



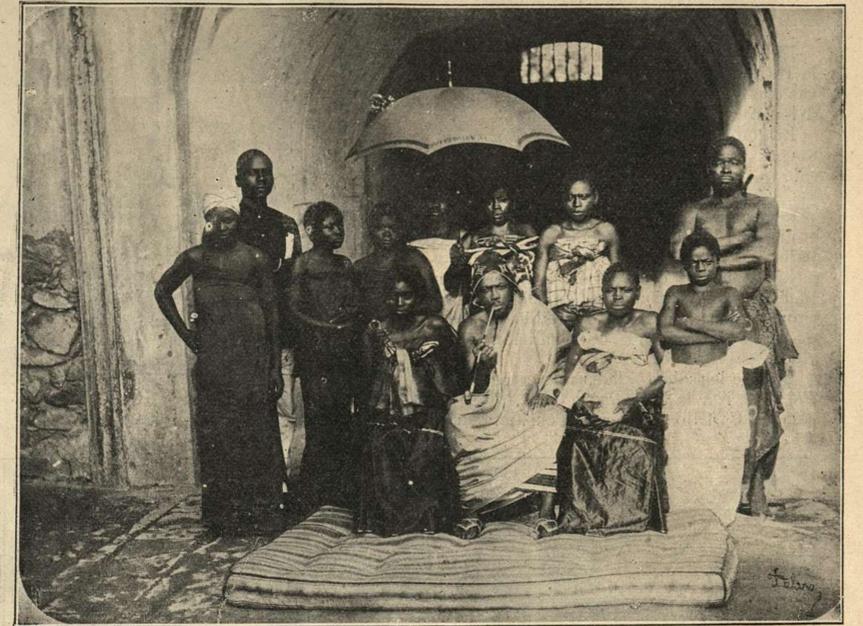
LA CIMA DEL MONTE PELEE que hizo erupción, destruyendo la ciudad de San Pedro de la Martinica, y causando la muerte de millares de habitantes. Esta cima se encuentra en el extremo Norte de la isla y tiene 1,350 metros de altura sobre el nivel del mar.

San Pedro de la Martinica.

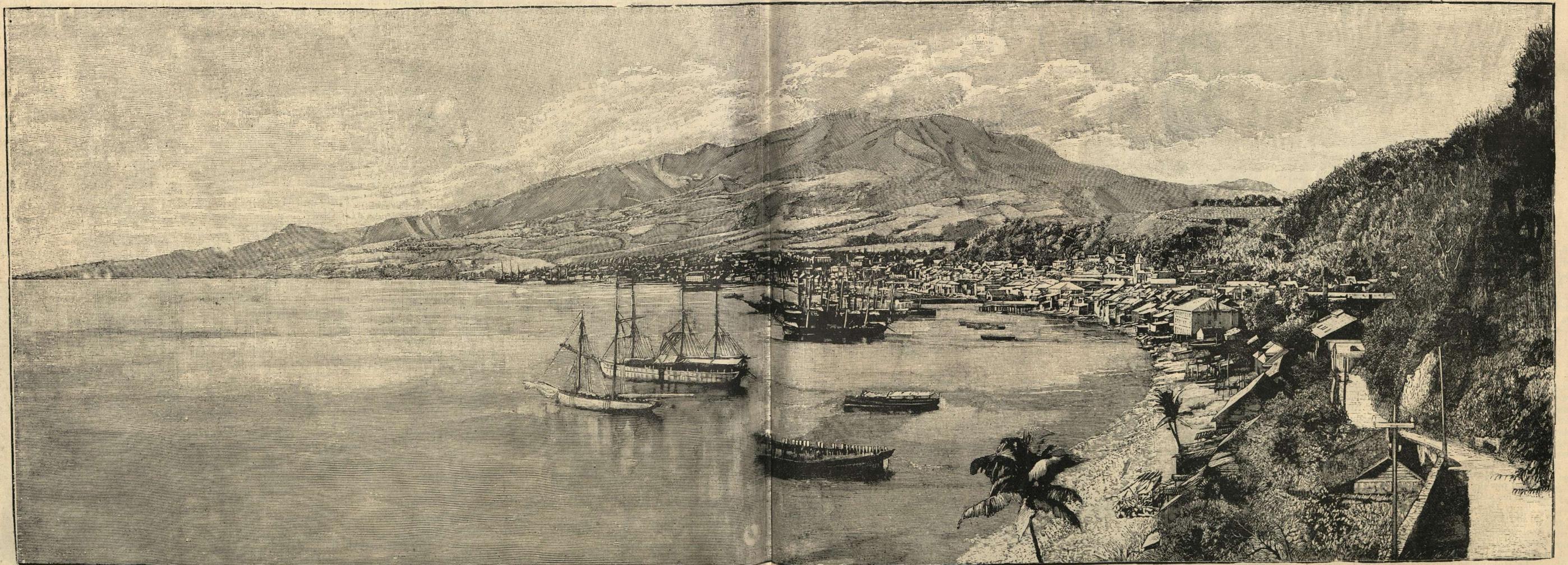
Una Ciudad
que desaparece.



M. MOUTRET, Gobernador de la Martinica.



BENHANZIN, antiguo Rey de Dahomey, preso en Fort-de-France, Martinica. En su cautiverio lo acompañan ocho de sus mujeres favoritas, su hijo, que está en el extremo izquierdo del grupo, y su fidelísimo primer ministro, que se encuentra en el extremo de la derecha.



VISTA PANORAMICA DE LA CIUDAD DE SAN PEDRO, DE LA MARTINICA. (Al fondo se ve el Monte Pelée, cuya erupción acabó con la ciudad citada).

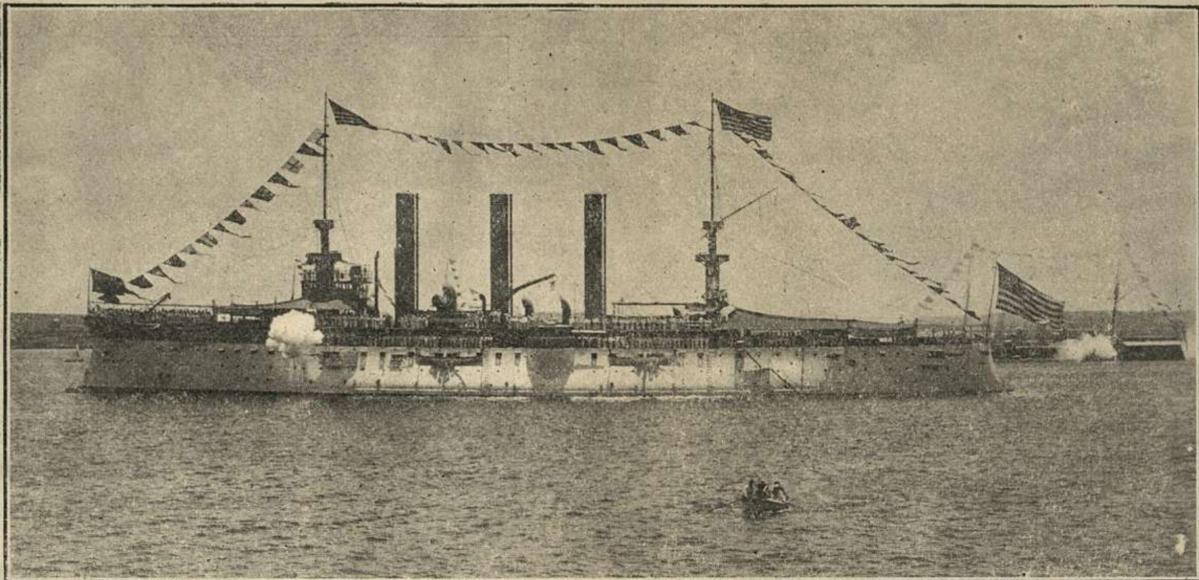
La independencia de Cuba.

El día 20 del mes pasado se efectuaron en la Habana las solemnidades más significativas con que se entregaba al pueblo cubano el derecho de gobernarse por sí solo.

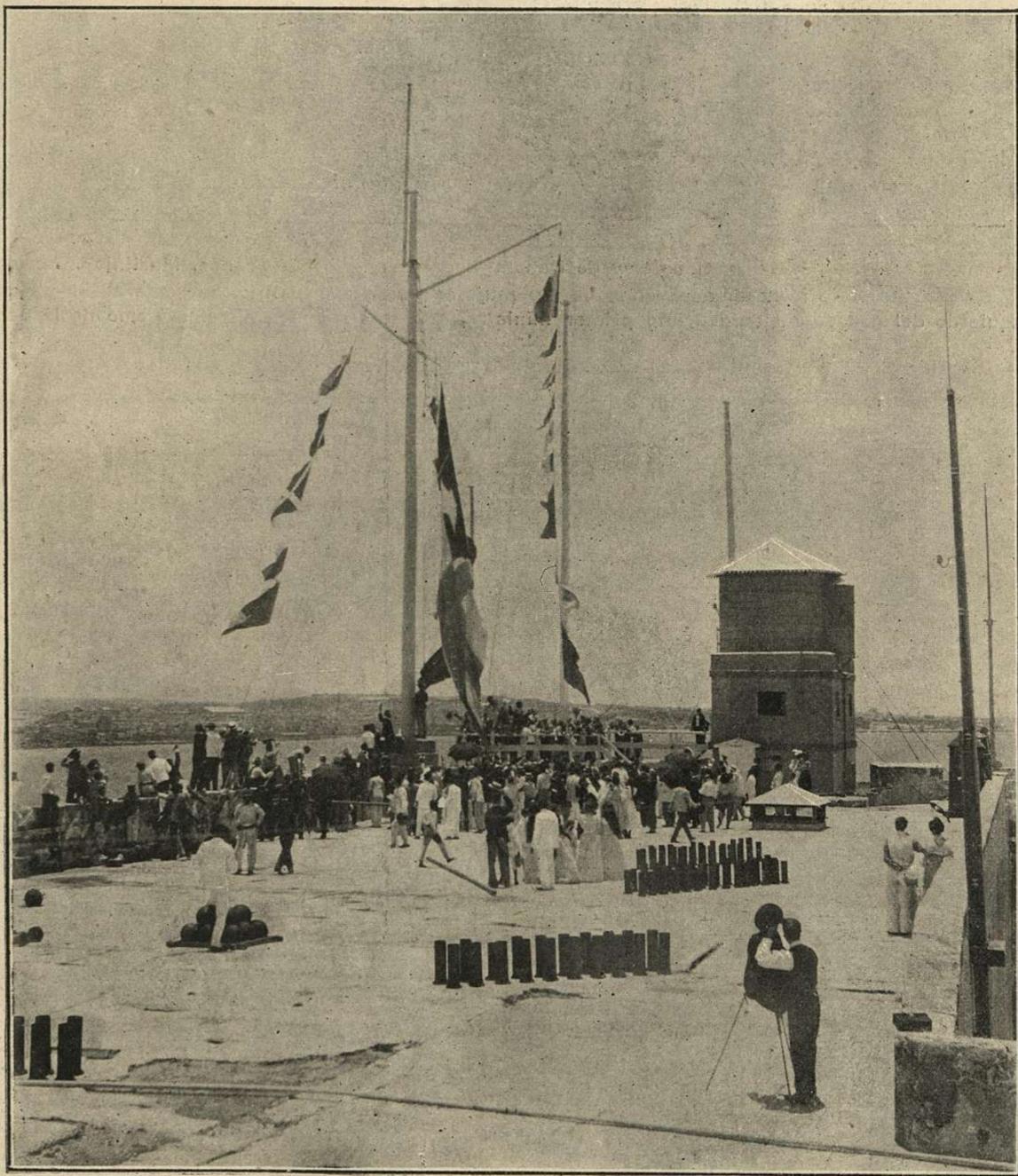
En todos los momentos de ese día reinó el mayor entusiasmo. Los cronistas y corresponsales narran con espléndidos colores las fiestas, las ceremonias oficiales y el conmovedor regocijo que se apoderó del pueblo al ver consumado el ideal que tanta sangre le había costado.

Los nombres de los héroes muertos en la lucha y los de quienes les han sobrevivido, eran pronunciados por todos los labios, en medio de frases de gratitud, de bendición y de cariño.

Una de las solemnidades más conmovedoras fué la de izar la bandera de Cuba libre, en lo alto del Castillo del Morro. Consideraban que



Partida del "Brooklyn", llevando á bordo al General Wood.



Momento de izar la bandera en el Morro.

al estar allí colocado el glorioso pendón tricolor, cesaban todos los males de Cuba y por ese ideal se derramó tanta sangre. No es de extrañar, pues, que las doce campanadas del día 20 de mayo, hora en que ascendió la bandera, fueran saludadas con un solo grito, salido de cien mil bocas: «Viva Cuba Libre!» mezclándose á las campanas lanzadas á vuelo, el estampido de los cañones saludando á un nuevo pueblo, y las lágrimas que corrían por todas las mejillas de hombres y mujeres.

La enseña cubana flotó el día 20 orgullosa en todas las embarcaciones surtas en la bahía, y el vapor español «Alfonso XII,» al izarla en sus mástiles, la saludó también con las salvas de sus cañones.

La Habana se vistió de gala; lavó la cara á sus viejos edificios; engalanó sus palacios y hasta en la más humilde casucha lucía la bandera, el símbolo de la patria, y flotaba entre palmas que le servían de adorno. La palmera es el símbolo de Cuba Libre. Nada tan

alto ni tan gentil como el árbol cubano; por eso todos los adornos figuraban en primer término las palmas. Como rasgo de amor patrio, debo repetir lo que oí de boca de un español: «Hay gente que no ha comido por comprar una bandera.» Y es la verdad; ¡cuántos pobres gastarían los pocos céntimos que tenían, en comprar ese pedazo de trapo tan querido!

A las 3 y 40 minutos de la tarde salió majestuoso el «Brooklyn.» A su bordo salía de Cuba el General Wood, y en el «Morro Castle» partían las fuerzas interventoras.

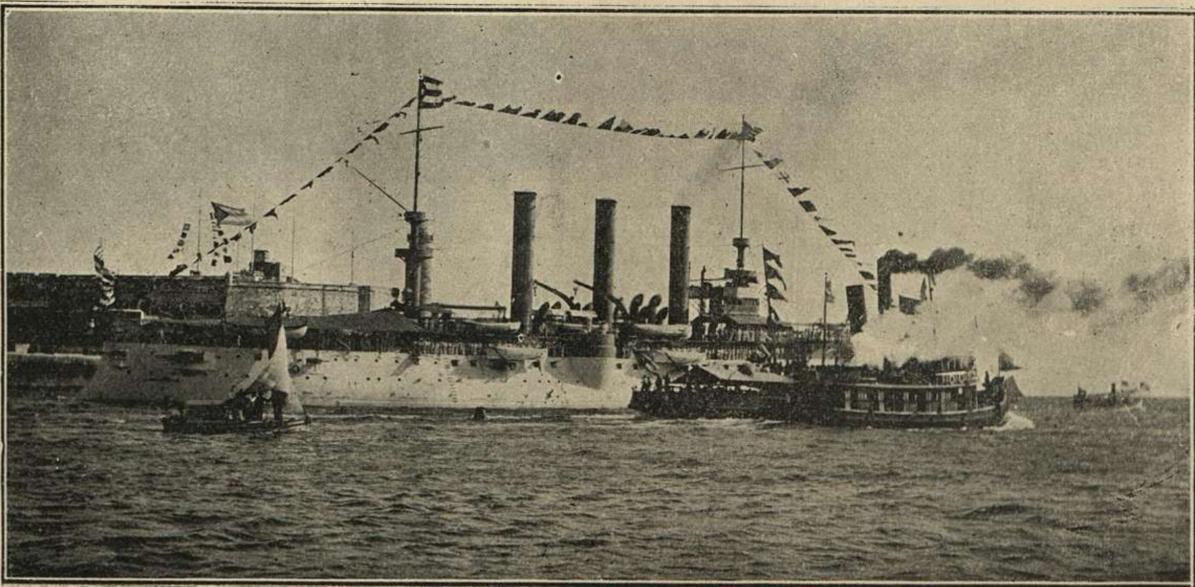
Las bendiciones del pueblo redimido las acompañaron en su travesía, y al perder de vista las grandes moles de aquellos buques, el pueblo cubano respiró satisfecho: ya era enteramente libre. ¡Cuba era ya para los cubanos!

Nuestro corresponsal nos ha remitido una magnífica colección de fotografías que representan el aspecto de la ciudad de la Habana en los días de su fiesta.

En nuestro próximo número publicaremos esa interesante información, y por hoy nos limitamos á reproducir en nuestros grabados cuatro impresiones tan importantes como curiosas: la partida del «Brooklyn,» llevando á su bordo al General Wood en compañía de las fuerzas interventoras, que partían conmovidas por la cariñosa despedida que el pueblo les hiciera. Ninguno habrá que al contemplar los mil sombreros agitándose, los mil pañuelos de las bellas, dando su adiós á los que partían; nadie, al oír los gritos de entusiasmo, los vítores al ejército hermano, negará que Cuba ha sabido agradecer lo que por ella hicieron los americanos.

El «Alfonso XII,» saludando al pabellón cubano, nos hace ver una significativa manifestación de nobleza hacia el valiente pueblo.

El momento de izarse su pabellón en el Morro y la primera guardia que le da el ejército de la República, son dos curiosas reproducciones que los pueblos libres verán siempre con positivo agrado.



El "Brooklyn" y el "Alfonso XII" saludando al pabellón cubano.

A CUBA.

(UN CANTO DE GRAN ÉXITO.)

¡Perla del mar Caribe! Ya dichosa puedes alzar tu frente soberana, tostada por el sol, y luminosa como el primer albor de la mañana.

Ya puedes, en la ruta del Progreso, posar tranquila tu segura planta; en tí la brisa es un perenne beso, el mar te arrulla y el amor te canta!



La primera guardia en el Morro.

¡Todo en tí es portentoso! ¡Todo es bello!... Desde el matiz de la purpúrea rosa, hasta el ardiente y fúlgido destello que el sol despide de su faz radiosa.

Ten esperanza y fe, que en el camino impacientes te esperan los amores..... v hoy para tí, la mano del destino caricias tiene y desparrama flores.

¡Ya arribaste á la cima! Por doquiera, para que el mundo tenga que adorarte, como de una mujer la cabellera, flota al viento tu mágico estandarte.

Tu enseña nuestras almas regocija con el color que le quitó á los cielos, y alegre y amorosa nos cobija, como el ave en el nido á sus hijuelos.

Adoro tu bandera porque es mía: al desplegarse con gentil donaire, susurra el mar, el cielo se extasía, la besa el sol y la acaricia el aire.

Con ella ve adelante, pueblo mío, y ni al dolor ni al porvenir le temas, ama á la paz, defiende tu albedrío, y haz de los dos tus únicos emblemas.

No olvides que el trabajo dignifica, que el perfume del labio es la plegaria; y no dejes—mi voz te lo suplica— que se eclipse tu estrella solitaria.

BONIFACIO BYRNE.

Mayo, 1902.

CARTAS DE MUJERES.

¡Qué bien has hecho en acordarte de mí! Sabes que mi amistad no puede faltarte nunca. ¿Y pides que te juzgue? Todo el día estuve llorando después de leer tu carta. ¡Pobrecita mía! Y ahora confidencia por confidencia. También yo sufro; me casé como tú, ya lo sabes, como nos casamos todas las muchachas de nuestra clase. Nos educan, según dicen, para que podamos presentarnos en el mundo. ¡Pero qué mundo tan pequeño! Cabe todo él en un salón de baile. Y así es.

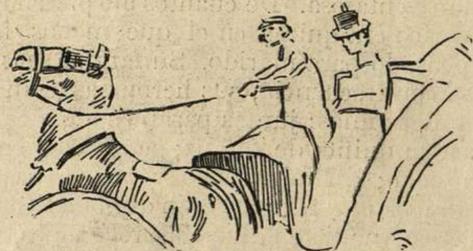


Al presentarte en el primer baile, oyes decir: éste es el mundo. El mundo, para el cual te han educado. Por el que has aprendido francés, inglés, equitación, dibujo; por el que gastas un dineral en trapos; por el que oyes música en invierno, vas á los toros y á las carreras en primavera y recorres lugares extranjeros en verano y otoño. Aquel primer salón de baile, marca con sus paredes, alejadas por ilusoria proyección de espejos, el límite de tus aspiraciones. Enséñate á respirar en él, porque has de vivir de su ambiente; amolda tu pensamiento y tu corazón en la hechura á la moda de que se visten allí todos. Suma tu alma, guarismo insignificante, uno, si quieres; pero un alma al fin, en el alma media, total de una suma de almas insignificantes, ceros á la izquierda de una unidad. Desde ese día, frac más ó menos, conoces á todos los hombres que podrán ser tus novios, tus maridos,

tus amantes y tus amigos. Tienes donde escoger. ¿Quién lo duda? Como en los baratillos de á real y medio, las baratijas son diferentes; pero todas valen lo mismo. Si á tí no se te ocurre, ¿qué importa? No faltará quien te dé el guión para buscar empleo adecuado á tus afectos. Para novio elegirás (consejo práctico y moralísimo) únicamente al que pueda ser tu marido. Yo confieso que me gustaban para novios los que según me decían, no eran buenos para maridos. Para maridos, son recomendados: en primer lugar, los primogénitos grandes de España, ricos y juiciosos. En segundo, los hermanos menores, títulos también y más ó menos juiciosos que los primogénitos. En tercero, cualquiera con las anteriores condiciones, aunque no sea juicioso. En cuarto, los emparentados con familias aristocráticas, que puedan añascar de aquí ó de allá algún titulillo sin grandeza ó sean, á lo menos, caballeros de Calatrava ó de Santiago, ó cosa en fin, que trascienda á nobiliaria. Para éstos son condiciones indispensables: mayor riqueza y mejores costumbres; por aquello de lo que no va en llanto, que vaya en suspiros. El quinto lugar, para caso de apuro, como las últimas reservas en la milicia, lo ocupan burgeses de ayer, «parvenus» inmensamente ricos, en orden de preferencia de mayor á menor grado de distinción, de mejor á peor origen de riqueza, etc., etc.....

Dime si cuantos nos tratan de matrimonio proceden de otra suerte. «Madammina, il catalogo é questo.» Sólo dejan de recomendarnos uno, el que nosotras amemos, sea quien fuere, venga de donde viniere. Como ves, en todos estos casos y lugares, lo de menos al elegir un hombre, es el hombre; lo importante es su condición social; su patrimonio, su parentela, la casa en que vive, el coche que guía, el caballo que monta, el sastre que le viste. Del primer marido en quien yo pensé para marido, sólo recuerdo un trotón inglés, alazán tostado que guiaba en un «buggy» con ruedas amarillas. Tanto es así, que cuando me seguía en paseo, decía yo, ó pensaba para mis adentros: «Ahí está el caballito; ¡qué bien trotaba! ó detrás viene el «buggy.» ¡Cómo se cono-

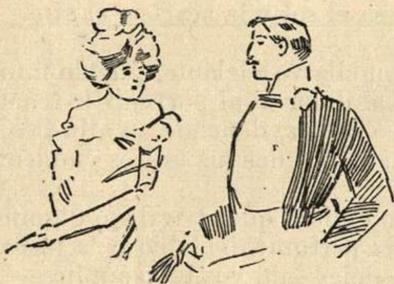
ce que es inglés en el ruido de las ruedas!»... De otros hombres recuerdo, porque las aprendí de memoria, páginas enteras de la guía oficial, donde campaban sus nombres, seguidos



de retahila interminable de ducados, condados, marquesados, baronías y señorías. Entreteníame yo repitiéndolos en voz alta, presumiendo cuál retumbaría más sonoro, anunciado en vestíbulos y salones. De otros busqué, en la lista de accionistas del Banco, el número correspondiente y calculé la renta de sus acciones, ó me dí á visitar los cuartos desalquilados de sus fincas y á ponerles precio. ¡A tantos pretendí y tantos me pretendieron!... Porque es indudable que los hombres han de tener también su lista y en ella no debía yo andar de las últimas. Allá, entre las aristócratas de caudal saneado, juventud sana y educación sanísima. Después de las aristócratas opulentas y hermosas por añadidura, sumo ideal de perfección, meta del gran «steple-chasse» matrimonial que corren á diario centenares de mozalbetes y hombres maduros. ¿Y cómo me casé? Como quien saca pareja en una figura de cotillón. Estás en corro con otras muchachas, detrás los hombres en otro; la música te aturde, la charla te marea. Los dos corros dan vueltas y vueltas en opuesto sentido. ¡Qué correr, qué empujar, qué reir! Suena una palmada, te sueltas del corro, vuelves la cabeza y encuentras á tu pareja, con amable sonrisa, extendidos los brazos para estrecharte en ellos. Acaso te le presentaron aquella noche; acaso le ves por vez primera..... ¡No importa! Todos bailan; á bailar. Así me casé. Y en verdad, el motivo que me decidió fué gracioso. Se casaba por entonces María Cruz Fuensalce con Fernando Moncada. Una

boda magnífica. ¡Qué regalos, qué vistas! Yo quedé deslumbrada. -Un collar de perlas rosa que fué de la Vallière, según dicen; un zafiro cabochón rodeado de brillantes, maravilloso y qué sé yo... diademas, broches, brazaletes, un tesoro. Ya sabes que la abuela de María Cruz tiene las mejores alhajas de Madrid y las de mejor gusto, y puso lo más rico en la canastilla de María. Pero las ropas excedían á todo en riqueza y buen gusto; como que la madre de María Cruz es sin disputa la mujer más distinguida de Madrid. ¡Qué ropa blanca! ¡Qué encajes! Unas enaguas de un tul especial, que parece seda á la vista y luego es finísimo y transparente, y á la luz hace visos entre blanco y rosa..... que no puede pedirse más en enaguas.

En deshabillés de mañana, había obras de arte, estilo Watteau, estilo Van-Dick, puras preciosidades. Tan prendada quedé de uno de ellos en particular: el de estilo Watteau, de «surah céfiro y antiguos Valenciennes,» que



no pude resistir al deseo de tener uno igual, exacto, y escribí á Robin aquel mismo día y le pedí á papá lo que faltaba á mis ahorritos para completar los mil quinientos francos en que pude sacar el peinador de mis sueños. Pero papá se puso furioso; no por el gasto, sino porque le parecía impropio de una muchacha soltera toilette tan costosa. Es una ridiculez, me dijo; una prueba de mal gusto. Cuando te cases, podrás tenerlos iguales y mejores.

¿Sí?—dijo yo—Pues si no está en más de eso el ponerme lo que se me antoje, me casaré en seguida. Corriente—dijo papá amoscado.—Y el que primero llegó aquel día de mis pretendientes, me halló decidida á ser su esposa. Federico era un buen partido. Lo mejorcito de la lista. Yo también para él, y nuestras familias aceptaron, muy complacidas, alianza tan ventajosa. De cuantos me pretendían, Federico era quizás en el que menos había yo pensado para marido. Su familia asistía á casa con frecuencia, sus hermanas eran íntimas amigas mías; juntas pasamos algunos veranos en su quinta de Zarauz; pero Federico viajaba mucho; á Madrid sólo venía de pasada; sus amigos más íntimos eran diplomáticos extranjeros y nadie en nuestras relaciones, ni su familia misma, supo informarme de su carácter ni de sus costumbres. Concertada nuestra boda, nos veíamos diariamente. Según costumbre francesa, todas las mañanas me enyaba un ramo; después le veía en el paseo de coches; algunas tardes me acompañaba á pie, comía en casa casi todas las noches, y allí se quedaba de tertulia ó nos acompañaba al Real. En el tiempo que duraron nuestras relaciones, no tuvimos ni un disgustillo. Eso sí, nos quedamos sin conocernos. ¿Qué habría dentro de aquel hombre distinguidísimo, de conversación amenísima, que me hablaba de viajes, de teatro, de sociedad, de caballos, de coches, sin contradecirme nunca, dispuesto siempre á sacrificarme sus gustos y opiniones? ¡Blanquísima pechera almidonada: por más impenetrable te tuve que milanesa cota de mis antepasados! Verdad que no me esforcé mucho por dar con el defecto de la armadura. Probé una vez á darle celos y me dijo que no era celoso. Probé á pedirselos y lo tomó á risa. La mayor prueba de consideración—me dijo—que puede dar un hombre á una mujer, es hacerla su esposa. No comprendo que la esposa pueda tener celos de otra mujer. La reflexión no me pareció después muy sólida; pero la expuso en toño tan digno y con tal seriedad, que por el pronto me dejó convencida. Renuncié, pues, á mis escaramuzas, que pudiera llamar de reconocimiento, y me dejé de averiguaciones. Próxima nuestra boda, te-

nía tantas cosas en qué pensar más importantes. Los días enteros me pasaba en correspondencia con modistas y sastres, mueblistas y joyeros. Sólo el traje de boda me ocupó una semana. ¡Es tan difícil reunir la sencillez á la elegancia en el vestido de boda! Por fin, entre «Robín» y yo dimos con una idea exquisita. «Une vrai trouvaille.» Llegó también el «deshabillé Watteau,» causa inconsciente de mi boda, y mis visitas compitieron con las de María Cruz, y no se habló en Madrid de otra cosa y me casé por fin..... y pasaron días y meses. En el aturdimiento de viajes, fiestas, atavíos, lo que menos pude yo notar en mi nuevo estado, fué cambio alguno en ideas y sentimientos. Federico era el mismo de novio, siempre cortés, amable siempre; yo me complacía en verme obsequiada por él, no me fastidiaba nunca á su lado y aun le echaba de menos cuando me dejaba sola. Emociones tranquilas, costumbre de cariño, no era más. Así, dos meses. Un día, al cabo de ellos, después del almuerzo, al que habíamos invitado á varios amigos de Federico, extranjeros la mayor parte, anunciome su partida para una expedición artística (no recuerdo si á Salamanca ó á Toledo) que duraría cinco ó seis días. No sé qué sacudida sentí en mi corazón, algo no sentido hasta entonces. Yo creo que en la cara que puse debió de conocerse. En lo que dije no, porque sólo, como débil protesta, me atreví á indicarle: hace mucho frío, no vayas á coger una pulmonía. ¡Qué vulgaridad y qué tontuna! De tantas cosas como sentía desbordar en el corazón por vez primera, no acudía á la boca sino aquella flojería. ¡Hace mucho frío! Frío hacía, sí, pero en el alma, frío de muerte que estremeció todo mi ser, consciente al fin de que jugaba con lo más sagrado del alma en una farsa de amor insostenible. No tengas miedo. No me hace daño el frío—me contestó agradecido.—Y luego ya solos, mientras preparaba el equipaje, al recordarle yo varias cosillas que olvidaba y pudiera necesitar, con un apretón de manos, me dijo amabilísimo: «¡Qué felices somos!» Esta es la verdadera felicidad del matrimonio; dos esposos que se estiman y se guardan siempre consideración y respeto.

¡Consideración! Sí; por qué forjarse ilusiones? Yo me casé sin amarle. ¿Qué razón había para que él me amase? ¡Consideración y respeto! ¿Para qué pedir más á un matrimonio combinado por cálculos de hombre práctico y caprichos de niña mimada? Pero él, si no amor, habría sentido alguna vez las inquietudes, los goces de una pasión ardiente..... Algo sabía yo de sus amoríos con una mujer casada. A él le bastaba con la consideración y el respeto. (Estas palabras, que trascienden á inglesas, se me atravesaron). Pero yo no sabía lo que era amar, yo no había sacrificado, como otras muchas, ningún ensueño por unirme á él, porque mejor me conviniera. Niñería, capricho sí pudo ser; cálculo interesado, no. Y ahora el amor se venga y exige al corazón su tributo. Bien dice al pie una estatua del diabólico dios, que compré en Sévres:

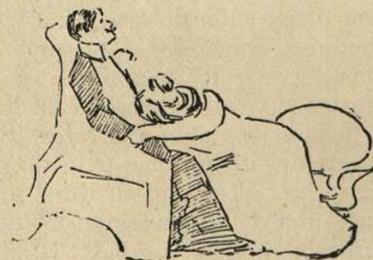
«¡Quel que tu sois, voici ton maître,
il l'est, le fut, ou le doit être!»

¡No querer nunca! Lo que se llama querer..... Tanto vale no haber vivido. No; por aturdida, por insubstancial, por ligera que seas, por mucho que disperses y malgastes las fuerzas de tu corazón en mil fruslerías, llega un día en que, cansada de todo, las reúnes en tí y buscas para ellas más digno empleo. ¡Qué feliz fuera yo si el encargo de un traje me divertiese días, como antes, si la compra de unos caballos me abstraiese de toda otra idea! He descubierto que tengo corazón. ¿Ves qué desdicha? Y sábelo; quiero, en fin, con toda mi alma; estoy enamorada..... ¿De quién, dirás? No lo adivinas por mucho que lo pienses..... De mi marido. Dirás que no ves causa de desdicha y que peor hubiera sido enamorarme de otro. Yo sí la veo y del segundo punto, si por malo lo tengo en mi conciencia; el corazón siente que le hubiera estado mejor acaso. Puedo decir á mi marido: me casé contigo sin

amor, sin conocerte casi; si el día de nuestra boda, al pie del altar, te hubieran cambiado por otro, me hubiese importado del cambio como del de un tenor en la ópera, por indisposición repentina. Y ahora vengo á pedirte calor y cariño del alma, porque tu varonil hermosura me domina y la quiero para mí sola, porque cuando no hablas conmigo, á quien juzgas sin duda incapaz de comprenderte y nada comunicas de cuanto piensas serio y grande, cuando hablas con tus amigos, olvidando que yo te escucho..... te oigo admirada y bebo ansiosa tus palabras y quisiera mejor beberlas boca con boca... ¿Qué te parece si le espetase una declaración por el estilo? Creería que había perdido el juicio y que me burlaba de él, y adiós consideración y respeto.

¿Qué pensaría de este amor «sur le retour,» violento, exigente, si yo pretendiera que no se apartase de mí un instante, que no me prefiriese á sus amigos para tratar con seriedad cuantos asuntos le interesan? ¡Qué idea tan triste forma una de su condición de mujer, cuando su esposo le replica, al preguntarle cariñosa, qué le preocupa ó entristece: ¡déjame, son asuntos míos, no es cosa de mujeres! ¡Ay! ¡Créelo! Tu amor culpable no te dará mayor tormento que este mío, santo y legítimo. ¿Y crees tú que él lo conoce? Si lloro, lo atribuye á los nervios y se apresura á traerme al médico; si trasluzco mi agitación en mal humor y displicencia, se retira á sus habitaciones sin mostrarme contrariedad ni disgusto. ¡Consideración y respeto! ¡Estoy condenada á ellos toda mi vida! ¡Veces hay que le insultaría, envidiosa de la mujer del pueblo, apaleada por marido brutal! No hay remedio. Nunca sabrá cuánto le quiero. Verá en mí á la esposa digna y respetable nada más. Aceptaré las caricias de amoríos que al paso se le ofrezcan, sin remordimiento de que yo sufra por ello. A fuer de hombre corrido y avisado, se creará alguna vez en el caso de dudar de mi fidelidad..... sin increparme, sin pedirme cuentas de su amor traicionado ni de su fe vendida, satisfecho con que se cubran las apariencias y no tener que darse por entendido. ¡Cuántas veces me suele hablar como por tercera persona, de las que él llama escapadillas de la legalidad, y hasta parece que me traza la línea de conducta en ellas, para que sepa hacerlas sigilosas! Oye el fin de mi historia. Después de batallar con impulsos diversos, venció la resolución de declararme. No me atreví de día, ni de noche á la luz tampoco. Sentía que una mirada de las suyas, al interrogarme con muda y fría curiosidad: «¿Pero mi mujer está loca, ó qué le ha dado?»..... bastaría á turbarme y á enmudecerme confusa, avergonzada. Aguardé la ocasión..... Y juntos, muy juntitos, á obscuras, al oído, le fuí diciendo todo. Anímadme oírme, las palabras buscadas con trabajo primero, fluían después á par del alma, con el calor del alma sentidas. Nada quedaba en ella. Ya lo sabía todo. La niña caprichosa que se casó sin saber lo que era querer, le quería con toda su alma..... ¡Pobre elocuencia del corazón! ¿Qué dijo Federico al oírme? Nada; creyó que le contaba como otras noches, alguna historia de hablillas y murmuraciones de amigas, como siempre, tonterías sin importancia y desde mis primeras palabras se quedó dormido..... y dormido siguió hasta la mañana siguiente, mientras que lloraba yo, desvelada por algo que sentía dentro de mí..... Algo que había vivido de mi vida, para mí, nueva vida qua estremecía todo mi ser en palpitaciones, ilusión y esperanza de caricias..... Antes de nacer, como mi amor, había muerto mi hijo ahogado en mis entrañas.

Jacinto Benavente.



Las víctimas del desastre.



TIPO CRIOLLO DE LA MARTINICA.

PÍLDORAS del Dr. AYER

Curan la Dispepsia,
Estreñimiento,
Jaqueca y Desarreglos
del Estómago,
Higado y Vientre.

Son puramente vegetales,
Son azucaradas,
Son purgantes.

"Con las Píldoras del Dr. Ayer, he obtenido siempre una acción más segura todavía que con otras píldoras muy en uso y que por su crédito se han familiarizado entre el vulgo. Son muy fáciles de tomar y no causan dolores ni repugnancia."

A. MARTINEZ VARGAS,
Catedrático de Medicina,
Granada, España.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Ca.
Lowell, Mass., E. U. A.

Se obtiene un
HERMOSO PECHO
por medio de las **Píldulas Orientales**
que en 2 meses desarrollan y endurecen á
los senos, hacen desaparecer las salidas
huesosas de los hombros y dan al busto
una graciosa lozanía. Aprobadas por las
eminencias médicas, son benéficas para la
salud y convienen á los más delicados
temperamentos. — Tratamiento fácil.
Resultado duradero. — El frasco con
noticia fr. 6.35. J. RATIE, Ph^m, 5, Pass. Verdeau, Paris, 9^e.
En Mexico: J. LABADIE Suc^{tes} y C^{as}.

ELIXIR ESTOMACAL DE SAIZ DE CARLOS

Cura el 98 por 100 de los enfermos del
ESTOMAGO E INTESTINOS

Por crónicas y rebeldes que sean sus dolencias;
TODOS LOS QUE LO HAN TOMADO CONFIRMAN ESTA VERDAD

De venta en Droguerías y Boticas



NEIGE MULLER

Crema incomparable
para hermosear
el cutis y la tez.

DURET-NEIGE Polvo de arroz que dá al cutis una
delicadeza y finura ideales. Blan
co, Rosa, Rachel, perfume suave.

AGUA DE "HEBÉ" que devuelve al cabello blanco ó
cano, su color primitivo.

GRAN PERFUMERIA EDOU. Medalla de oro. 3^a Ca-
lle Saint Benoit, Paris.

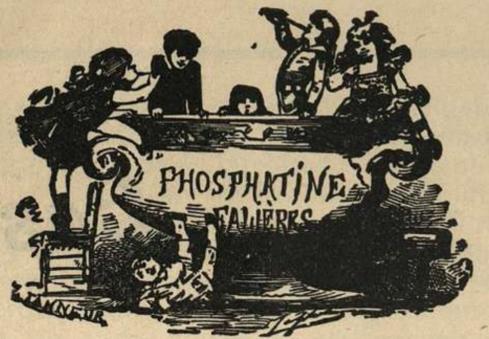


- Banco - Central - Mexicano. -

CAPITAL SUBSCRIPTO \$6.000,000.

Hace descuentos y préstamos con y sin prenda. Negocios en cuenta cor-
riente, giros y cobros sobre todas las plazas de la República y el Extran-
jero, y en general, toda clase de operaciones Bancarias con Bancos, comer-
ciantes, industriales, propietarios y agricultores. EMITE BONOS DE CA-
JA, de \$100.00, \$500.00 y \$1,000.00 sin cupón pagaderos á seis meses, y
pagaderos á doce, dieciocho y veinticuatro meses, con cupones semestra-
les, ganando todos un interés de cinco por ciento al año.

CORRESPONSALES: Todos los Bancos de los Estados Mexicanos,
Deutsche Bank, Berlín y sus sucursales en Londres, Hamburgo, Bremen,
Munich, Frankfurt, Dresden.—Belichroeder.—Berlín.—Comptoir National
d'Escompte, Paris.—S. J. P. Morgan y Cía. New York.—De Neuflytze y Cía.,
New York.—Muller, Schall y Cía. New York.—National City Bank, New
York.—London, and Westminster, Bank, Limited, Lothbiriry, London, The
Union Discount company, of London, Ltd. London.—N. Fritational Bank,
Chicago.—Guillermo Vogel y Cía., Madrid.



La Fosfatina Falières

es el alimento más agradable y el mas re-
comendado para los niños desde la edad de
seis á siete meses sobre todo en el momento
del destete y durante el periodo del creci-
miento. Facilita la dentición, asegura la
buena formación de los huesos.

PARIS, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmacias.

AVISO IMPORTANTE.

El fosfato de cal que entra en la
composición de la Fosfatina "Falle-
res," está preparado por un procedi-
miento especial, con aparatos apropó-
sito y no se encuentra en el comercio.
Desconfíen las imitaciones y falsi-
ficaciones.

ASMA y CATARRO

Curados por los CIGARRILLOS
ó el **POLVO ESPIC.**
Opresiones, Tos, Reumas, Neuralgias
En todas las buenas Farmacias.
Por mayor: 20, rue St-Lazare, Paris.
*Escriba esta Firma sobre cada Cigarrillo.

TOS

POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas

TOS

EL DENTIFICOR

IN

-- RIVAL --

PURIFICA

EL ALIENTO

Y CONSERVA

La Dentadura.

UNICOS AGENTES IMPORTADORES

JOSÉ UHLEIN SUCS.

-- Almacén de Drogas --

COLISEO NUEVO NUMERO 3.

Frente al Teatro Principal.

SAINT-RAPHAEL

Vino fortificante, digestivo, tónico, reconstituyente, de sabor excelente,
mas eficaz para las personas debilitadas que los ferruginosos y las quinas.
Conservado por el método de M. Pasteur. Prescribese en las molestias del
estómago, la clorosis, la anemia y las convalecencias; este vino se
recomienda á las personas de edad, á las mujeres, jóvenes y á los niños.

AVISO MUY IMPORTANTE. — El único VINO auténtico
de S. RAPHAEL, el solo que tiene el derecho de llamarse así, el solo
que es legítimo y de que se hace mención en el formulario del Profesor
BOUCHARDAT es el de M^{re} CLEMENT y C^{as}, de Valence (Drôme,
Francia). — Cada Botella lleva la marca de la Unión de los Fabricantes
y en el pescuezo un medallón anunciando el "CLETEAS".

Los demas son groseras y peligrosas falsificaciones.

TÓNICO — RECONSTITUYENTE
FEBRÍFUGO

QUINA-LAROCHE

ELIXIR VINOSO

EL MISMO
FERRUGINOSO: SIETE MEDALLAS DE ORO

Anemia,
Clorosis, Convalecencias, etc.

PARIS
20, Rue des Fossés-St-Jacques
y en las Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO:

Linfatismo, Escrófula,
Infartos de los Ganglios, etc.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

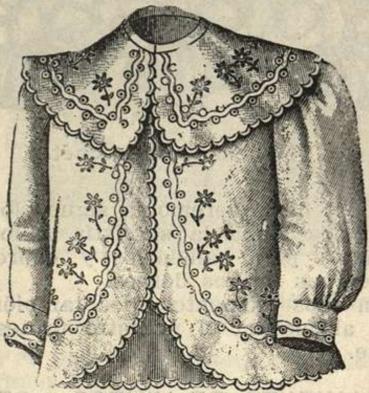
Productos, maravillosos
para suavizar, blanquear
y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre
Réhusese los productos similares

J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris



PARA EL HOGAR



Saco suelto con bordados.

EL MATRIMONIO.

—
POR LA BARONESA DE ORVAL.

CONTINUA.

La doncella de honor es generalmente la hermana de la casada, y á falta de ella, lo será la hermana del novio, una prima ó una amiga.

Actualmente, una nueva moda ha aumentado el número de doncellas de honor; no es extraordinario ver hasta una docena, engalanadas todas de modo semejante, seguir á la desposada, formándole un escuadrón volante, de aspecto agraciadísimo.

Se ha tratado, sin lograrlo, de reemplazarlas con pajecitos encargados de llevar la larga cola de la desposada. A propósito de niños, muy bien pueden elegirse como escolta de honor; se cuidará de aparearlos por edades, y principalmente por estaturas, pues sería desagradable á la vista una gran desproporción entre ellos.

Esta reflexión puede aplicarse también á los caballeros y doncellas de honor de toda edad; se deben escoger de manera que sus estaturas no hagan contraste.

En fin, para resumir este punto: de cinco á treinta años, se puede ser doncella de honor; pasada esa edad, ya no se acepta semejante papel.

Generalmente se escogen las doncellas de honor entre los parientes de la novia, y á los caballeros de honor entre los del esposo; mas si no se lograra así el formar parejas bien proporcionadas, se invertirán los papeles.

Se consulta á la doncella de honor antes de presentarle su pareja; puede indicar sus preferencias, pero se someterá, sin embargo, á la decisión de los novios.

Hay preferencia entre las doncellas de honor: la primera será siempre la hermana, la parienta ó la amiga de la novia; después, seguirá la del lado del novio, luego la del lado de la novia, y así sucesivamente.

El joven, prevenido de la función que le corresponde, hará una visita á los padres de su doncella de ho-



Petaquilla bordada.

nor, para darles las gracias por la elección de que fué objeto.

Su papel comienza en la mañana ó noche del contrato, pues ya entonces deberá él ser el caballero de la jovencita y consagrarle mayores atenciones que á las demás.

La víspera del matrimonio debe ir el caballero á recibir las órdenes de la doncella de honor.

El papel de la doncella de honor es de mucho menor importancia. Debe, sobre todo, atender á la novia, cuidarle su tocado, colmarla de solicitudes, tener fija la mirada en ella, como tratando de adivinar aun sus menores deseos.

En la mañana del casamiento, envía el caballero de honor á su pareja un ramillete de rosas, rodeado de un pañuelo de encaje atado con



Modelo para falda.

una cinta; dicho ramillete va con la respectiva tarjeta, y es el único regalo que hace el caballero á su compañera. Conviene que el ramo sea pequeño.

El caballero irá en coche por su dama, á quien acompañará la madre ó alguna persona de respeto, y la conducirá á la morada de la novia.

Una vez allá, se informará del orden de la comitiva; le es indispensable una lista con los nombres de las parejas que le toca reunir.

Procurará acomodar en los carruajes á los invitados, sujetándose al orden indicado, y se colocará al lado de su dama, hasta el instante de la partida de los primeros carruajes.

Durante la ceremonia, cuando los novios están entregados á sus meditaciones, desempeñan sus funciones las parejas de damas y caballeros de honor.

Es un tanto difícil el papel de caballero; todas las miradas están fijas en él y en la doncella que lo acompaña, y para salir airoso, necesita no ser torpe en sus movimientos. La moda no permite el clac, que se lleva fácilmente debajo del brazo; es de rigor el sombrero de copa, y fuerza es que el caballero vea cómo se las arregla para salvar con elegancia semejante dificultad.

Tiene iguales obligaciones para el regreso, y todavía en la casa sigue desempeñando sus funciones. Debe atender á todo y á todos, suplir en cierto modo al novio, para evitarle el cuidado de hacer los honores y dejarlo libre para responder á las felicitaciones.

Por la noche, llevará á su casa á la doncella de honor compañera suya, ó por lo menos se lo ofrecerá, aunque muy á menudo lo rehusan los padres de la joven.

LA CEREMONIA EN LA IGLESIA

Natural es que esta ceremonia produzca cierta emoción en el alma de la desposada, pues bien comprende la importancia del acto. Abrese ante ella misteriosamente una existencia nueva, y no obstante su tierno amor para el hombre con quien se une, teme por lo desconocido, y no pocas veces derrama lágrimas.

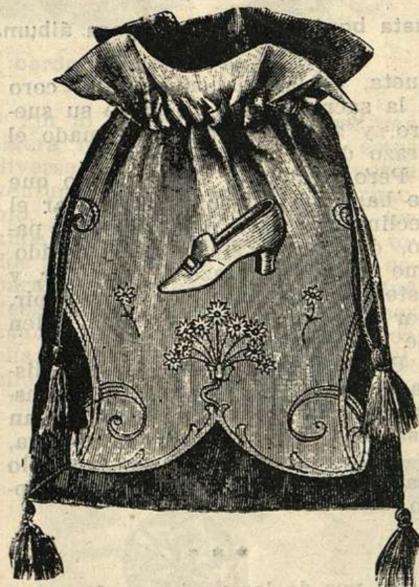
No sería justo reprobar esa emoción, de que algunas veces participan sus padres; ni aun sus suegros dejan de experimentar una impresión profunda durante la ceremonia, en la que todo contribuye á preocupar los ánimos. La pompa de la iglesia, la alocución del sacerdote, los cantos, los conmovedores acordes del órgano, todo predispone al enternecimiento, sin tomar en cuenta la separación forzosa que seguirá.

Entre los más humildes, como entre los más ricos, es un gran día de fiesta el del matrimonio religioso. Era antaño ocasión de regocijos que duraban varios días; hoy casi no se observa esta costumbre sino en apartados pueblecillos, donde se perpetúan los hábitos de nuestros antecesores.

Toman asiento los novios para aguardar la llegada del sacerdote que va á unirlos.

Uno de los suizos ó el ujier, recibe de manos del novio el documento matrimonial y los anillos nupciales.

La moda ha opinado sobre estos anillos: de exagerada amplitud, no ha muchos años, han vuelto á proporciones razonables, más bien hasta pequeñas y de forma redonda. Semejantes ambos, llevan los anillos nupciales los nombres de los casados y la fecha del matrimonio.



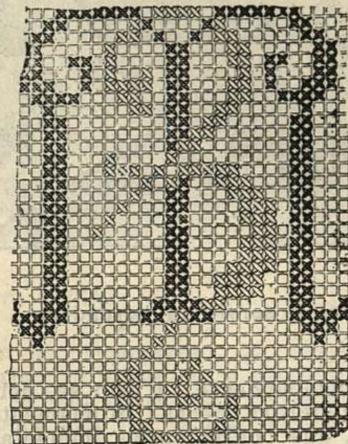
Saco de viaje, para llevar el calzado.

A la llegada del sacerdote, se pone en pie la concurrencia, y pueden volver á sentarse los novios cuando avanza aquél para decir su alocución. Si es amigo de la familia, hará el panegírico de los padres, ensalzará sus virtudes, citará algunos hechos distinguidos de su vida si vale, y terminará hablando á los esposos de sus deberes y de los que tendrán para sus hijos, etc.

En seguida se ponen en pie los novios, se toman de la mano derecha, desnuda en ambos, y así aguardan las preguntas sacramentales.

Pide una añeja costumbre que la desposada, antes de dar el solemne "sí", que debe articular á m voz, pero distintamente, vuelva la mirada hacia su padre, como para interrogarle.

El sacerdote entrega entonces los anillos y el documento matrimonial al marido, quien toma la mano iz-



Modelo para marcas.

quierda de su mujer con su mano derecha y le pone el anillo nupcial en el dedo anular.

Debería ser la desposada quien pusiera el anillo en el dedo de su marido, pero generalmente lo hace él mismo.

Arrodíllanse entonces los esposos, inclinando la cabeza para recibir la bendición.

Sean cuales fueren las creencias del marido, la educación más elemental le hará guardar la debida compostura durante toda la ceremonia.

Al sentarse los novios, cruzan sus miradas.

Al ofertorio, entrega el sacristán un cirio encendido á cada novio, para que se dirijan al altar; el novio pasa á la derecha de su reclinatorio, y la novia á la izquierda del suyo, llevando ella la moneda de oro que constituye la ofrenda.

Vuelven á sus lugares después de esta formalidad.

En ciertas ciudades de provincia, todavía se usa que todos los asistentes vayan, después de los novios á cumplir con la misma devoción y á depositar sus ofrendas.

El suizo indica el momento de la cuestación, viniendo á inclinarse ante el caballero de honor, el cual se pone en pie y se dirige á su vez á la doncella de honor.

Durante la misa, según la cláusula de servicio, puede haber números musicales de primer orden, desempeñados por artistas y músicos de nota.

SALIDA DE LA IGLESIA

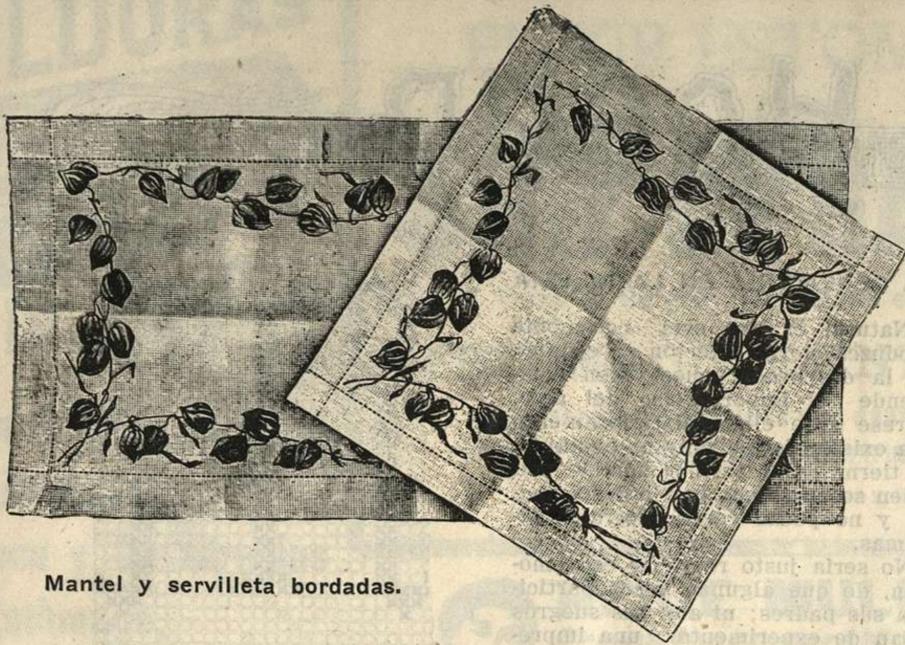
Terminada la misa, hace oír el órgano una marcha majestuosa, y, por primera vez, toma la desposada el brazo de su marido y se encamina á la sacristía.

Entonces se le podrá dar definitivamente el título de "señora", al darle sus amigos las felicitaciones de estilo.

A pesar de la santidad del lugar, avanzan los invitados formando bulliciosa muchedumbre; pero con elegancia, y no en ese confuso desorden que se ve á menudo, y que es más insoportable cuando lo acompaña un prolongado y molesto ruido con los pies.



Monograma para marca.



Mantel y servilleta bordadas.

Indudablemente, á esto se debe una tentativa hecha últimamente, moda que podría quizás implantarse: después de la misa regresan los novios y la comitiva á la casa de la desposada, á donde se dirigen sin excepción todos los asistentes. Así se suprimirían las dos categorías, bien distintas y un tanto ofensivas para algunas personas: la de los que asisten "únicamente" á la bendición nupcial, y la de los privilegiados á quienes se recibe en casa, autorizándolos para que prolonguen su visita.

Probablemente lo práctico y altamente correcto de esta nueva moda, hará que se imponga; entre tanto, todavía se conserva el antiguo uso de la ceremonia en la sacristía, y preciso es decir algunas palabras acerca de la manera de conducirse en la escena final del matrimonio religioso.

EN LA SACRISTIA

Apenas llegados á la sacristía los novios, acompañados de sus padres y demás personas de la comitiva, les presenta el sacerdote el registro en que está el acta del matrimonio religioso; lo firman los cónyuges, los testigos, los padres y parientes cercanos. También las personas más caracterizadas pueden estampar allí su nombre, sobre todo si á ello se las invita.

Terminada la firma, penetran los invitados. Cuando siguiendo el movimiento de la muchedumbre, se llega cerca de los recién casados, que permanecen de pie en el centro de las filas formadas por sus parientes, se les expresan los votos y deseos con palabras más ó menos afectuosas, según el grado de intimidad.

Debe evitarse emprender larga conversación, lo cual sería absoluta falta de tacto, pues no debe olvidarse que numerosos invitados aguardan su turno para complimentar á los novios.

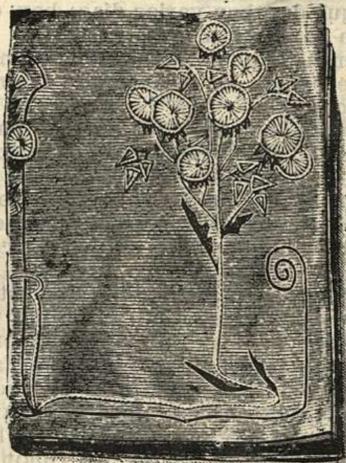
El esposo presenta á su mujer con aquellos invitados que la saludan sin que ella los conozca todavía; otro tanto hace la madre de la desposada para con las personas que su yerno no había tenido ocasión de tratar.

Es también en la sacristía donde de viva voz se invita para la mesa á los conocidos de menos representación á quienes no se enviaron tarjetas de invitación especiales, ó á quienes se hubiese olvidado, y

se desea, sin embargo, distinguir de la multitud de los indiferentes.

Vuelven á la iglesia los convidados y permanecen de pie en sus sitios, esperando la salida de la comitiva. Hasta que ha salido de la sacristía el último invitado, es cuando aparece la desposada dando el brazo á su marido.

En ocasiones, hasta este momento toma por primera vez la esposa el brazo de su cónyuge, pues para no quebrantar las reglas de la eti-



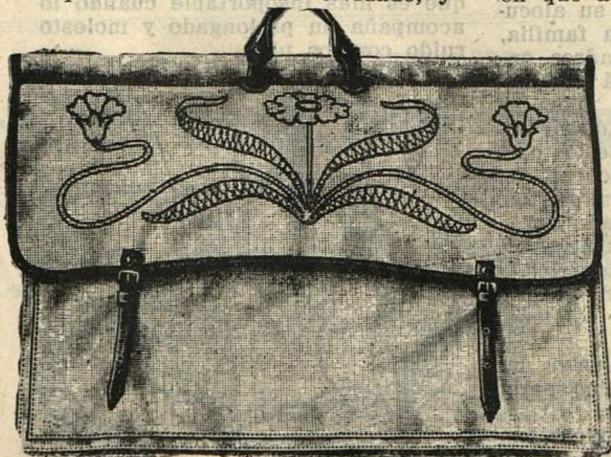
Pasta bordada ó pintada para álbum.

queta, deberá haber ido, del coro á la sacristía, del brazo de su suegro, y su madre habrá tomado el brazo del recién casado.

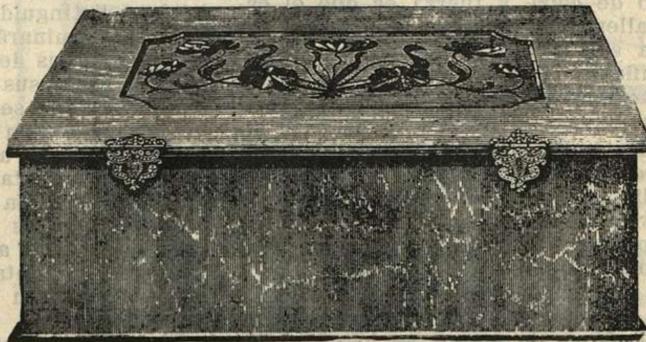
Pero en París es rarísimo que se haga así; el suizo, al retirar el reclinatorio para dejar libre el paso, dice casi siempre al marido que ofrezca el brazo á su mujer, y éste obedece para no interrumpir, por una vacilación, el buen orden de la ceremonia.

Por lo demás, es tan corta la distancia y tal el rejuego en esos instantes, que pocas personas notan esa leve infracción de la etiqueta, y si la mencionamos, es tan sólo para que no se olvide lo prescrito.

En pos de los novios va la comitiva formada así: el padre de la novia da el brazo á la madre del novio, y el padre de éste á la madre de la novia; lo demás del séquito se organiza en el mismo orden que á la entrada.



Petaquilla de mano para viaje.



Cofre para alhajas.

Puede la desposada dedicar graciosamente una sonrisa á los amigos que se le presentan al paso, pero no debe detenerse.

Los casados suben solos, en íntimo aislamiento, á su carruaje adornado de flores. Adornan el tigo, moños de listón blanco con azahares y flores de mirto, lo mismo que las cabezadas de los caballos y los ojales de los lacayos.

Ese día deben salir á lucir los carruajes de gala.

A toda prisa se efectúa el regreso á la casa de la novia, para recibir á los invitados á la mesa.

MATRIMONIO PROTESTANTE

No se admiten en la religión católica los matrimonios mixtos, y para que un católico se case con una protestante, ó un protestante con una católica, es indispensable la licencia.

Se la solicita por conducto de un obispo ó del cura de la parroquia, quienes la piden del Papa y la obtienen con la promesa formal de que serán católicos todos los hijos del matrimonio, y gozará de libertad absoluta para la práctica de sus deberes religiosos el cónyuge católico.

Para un matrimonio mixto, no hay publicación de amonestaciones; se celebran dos ceremonias, la primera en la iglesia católica, y la segunda en el templo protestante.

Como en teoría está prohibido el matrimonio así, no se da en la iglesia la bendición nupcial. A su llegada, diríjense inmediatamente los novios y la comitiva hacia la sacristía, donde el sacerdote recibe simplemente de los contrayentes su consentimiento verbal. Entran luego en la iglesia los invitados, para asistir á la misa, que puede celebrarse con todo el ceremonial de costumbre.

Habrán caballeros y doncellas de honor, desfile, etc. La firma del acta se verifica en la sacristía como para los matrimonios ortodoxos.

En las cartas de aviso, se mencionarán las dos ceremonias, á fin de dejar libre á cada invitado para asistir á la que le parezca.

Es muy sencillo el matrimonio en el templo protestante.

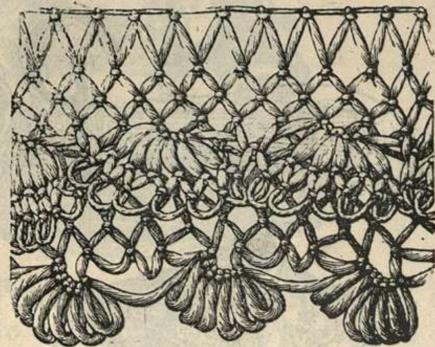
La ceremonia es enteramente gratuita; úsase sólo ofrecer al pastor un presente en dinero, y dar al bedel una gratificación.

En cuanto al decorado del templo, flores, tapices, etc., se pagan los gastos al decorador, y con el organista se arregla la música vocal ó instrumental.

Cuando ambos contrayentes son protestantes, va directamente del juzgado la comitiva; si no, de la iglesia católica en que se ha celebrado el matrimonio religioso, se encaminan al templo protestante y se dirigen á la sacristía; allí firman los novios y los principales asistentes el acta de matrimonio, y entran en el templo protestante con igual ceremonial que en la iglesia católica.

Se permanece de pie mientras el pastor lee la liturgia, seguida de una alocución; reciben los esposos sus dos anillos nupciales y una biblia llamada "Biblia del Matrimonio".

Como en el matrimonio católico,



Modelo para crochet.

después de la ceremonia siguen los invitados hasta la sacristía á los casados, para saludarlos y expresarles sus buenos deseos.

En esos momentos dice también una alocución el ministro protestante.

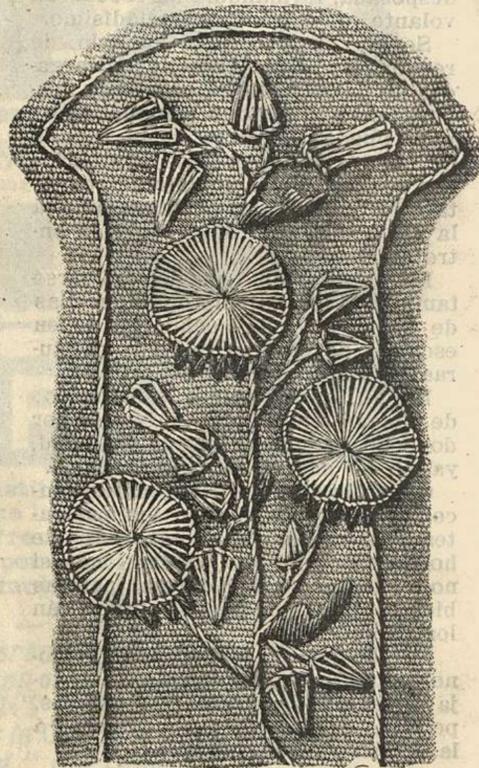
CASAMIENTO DE VIUDOS.— SEGUNDA NUPCIAS

De absoluta libertad un viudo para volver á casarse inmediatamente después de la muerte de su esposa; mas, por el qué dirán, aguardará á lo menos seis meses para la celebración del segundo enlace, el cual puede, lo mismo que el primero, efectuarse con toda pompa, sobre todo si su segundo matrimonio es con una soltera.

Todas las formalidades serán las mismas.

Su traje será semejante al de su primer matrimonio: frac negro, chaleco muy abierto, etc.

El viudo debe ofrecer á su segunda esposa un "canastillo nup-



Modelo para bordado.

cial"; pero no puede disponer de las joyas que pertenecieron á la finada; corresponden, por derecho, á los hijos que haya dejado, ó á sus parientes, así como sus objetos íntimos.

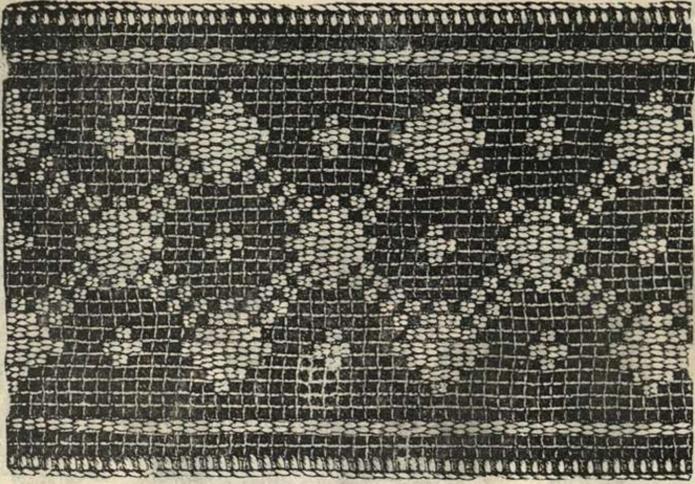
Cuando se trata de una viuda, está obligada á dejar correr diez meses antes de contraer nuevo matrimonio.

La ceremonia se verifica sin aparato.

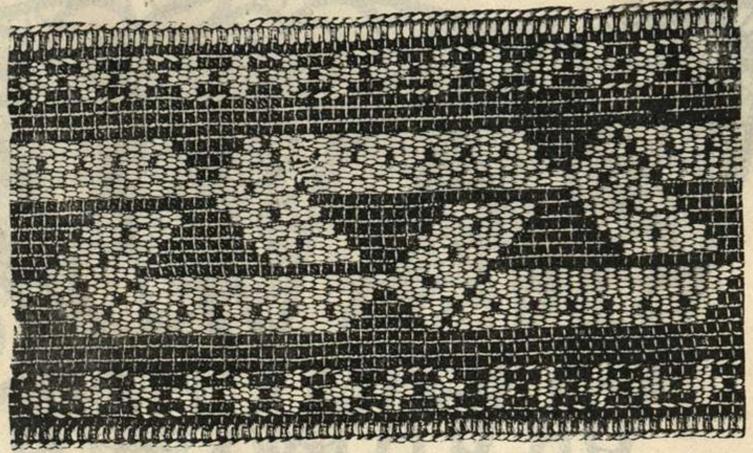
El atavío de desposada de una viuda, no debe ser blanco, sino de color claro solamente, con un sombrero elegantísimo. Puede ponerse un vestido de seda ó de raso blanco, con velo de "chantilly".

En ciertas provincias se cubren la cabeza las viudas con mantilla de encaje fino, recogida con "aigrettes" de plumas blancas ó flores; pero en París ha desaparecido este uso.

En la iglesia, como en el juzgado civil, entra la viuda del brazo



Modelo para malla.



Modelo para malla.

de su padre, de su hermano ó de su primer testigo.

Cuando el viudo ó la viuda tienen hijos grandes, asisten éstos al casamiento, y aunque no están obligados á manifestar gran alegría, deben aparecer contentos. En la comitiva nupcial, van entre los parientes. Si el acontecimiento fuese para ellos motivo de muy honda pena, sería cruel obligarlos á presenciar la ceremonia y mejor sería alejarlos por algún tiempo, pro-

tos muy fríos. Si el nuevo jefe de la casa tiene algún título, se evitará toda vacilación; por ejemplo, "doctor", "coronel".

En ciertas provincias francesas, se adopta para el caso el dictado de "tío" ó "tía".

Si los hijos quieren al padrastra ó madrastra, deben evitar todo motivo de discusión y mantenerse más bien en gran reserva; la confianza excesiva, el olvido del respeto, serían penosos para todos; tam-

bién los encargados de enviar las cartas de aviso del matrimonio; y si se han conservado buenas relaciones con la familia del primer marido ó de la primera mujer, se le dará parte en carta especial manuscrita; en caso contrario, las cartas oficiales se mandan en la quincena que sigue al matrimonio.

No se da baile con motivo del casamiento de un viudo ó viuda; salvo circunstancias particulares, conviene sólo una recepción íntima, una comida el día de la ceremonia.

Los viudos que vuelven á casarse, no hacen visitas de matrimonio; deben, con todo, visitar á los amigos de sólo uno de ellos, para las mutuas presentaciones.

[Continuará]

ESTROFAS.

Tu desprecio de ayer no me amedrenta,
te darás á mi amor, sí, serás mía:
después de negra noche de tormenta
cranea más sereno el nuevo día...

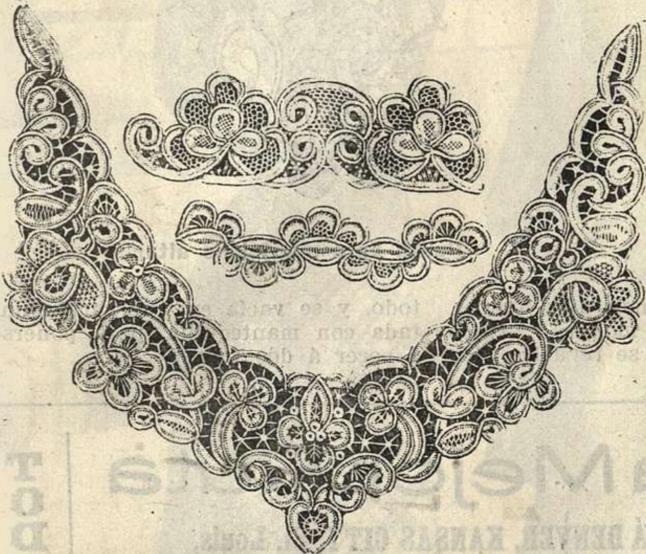
No le temo á tus iras de un instante,
me gusta verte así: altiva y franca.
Yo no sería tu rendido amante
si no ostentaras esa aureola blanca...

Me encanta tu desdén, ¡oh ciega
(esclava!
de tus locas ideas y de tu orgullo.
Donde el amor principia todo acaba:
un día has de embriagarme con tu
(arrullo.

Yo sé que tú profanas mi hondo
(anhelo,
y que quieres manchar mi frente al-
(tiva:
no me importa: voy, pálido, hacia el
(cielo
con la mirada fija arriba...

Yo sé que te figuras que no existe
un hombre que comprenda tu alma
(pura,
mas, yo soy ese ideal, esa alma triste
á la que sueñas darle su ternura...

JUAN BALLESTEROS LARRAIN.



Cuello de encaje.



Sombrilla bordada, última novedad.

porcionándoles un viaje interesante, pero sin descuidar el presentarlos, antes de su partida, al nuevo marido ó á la nueva esposa.

En cuanto al nombre que han de dar al nuevo jefe de familia, ó á la nueva señora de la casa, depende en gran parte del afecto ó intimidad que haya antes del matrimonio. "Padre", "madre", no cuadrarán bien con la nueva situación, y sería hasta doloroso para los hijos. "Señor", "señora", son tratamien-

bién las expansiones exageradas, serían impropias. Si falta el afecto, se le reemplaza con una urbanidad irreprochable, que conserva la buena inteligencia en las relaciones ordinarias.

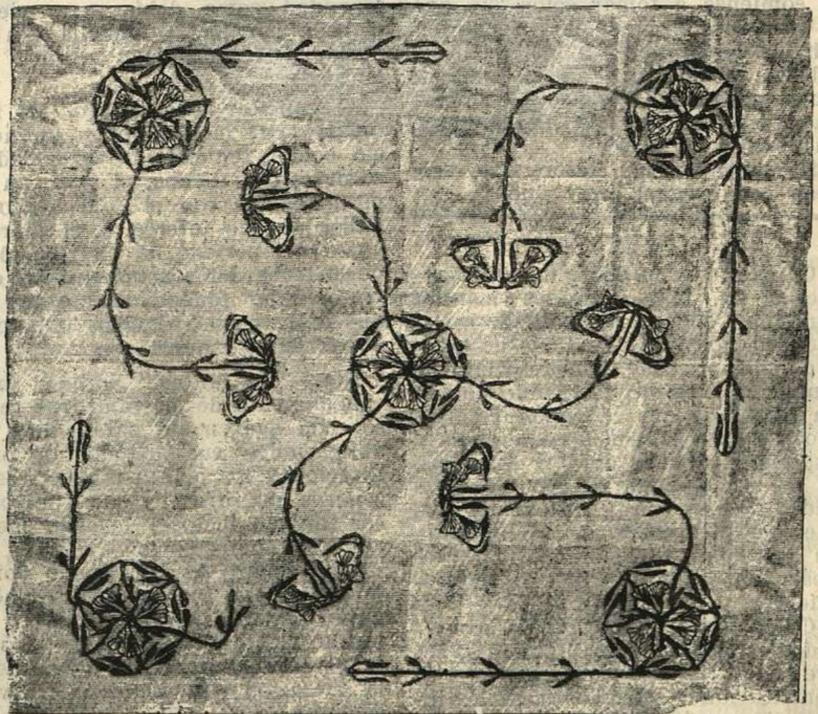
Punto delicado es también el de los anillos de bodas; la viuda guarda su primer anillo nupcial para sus hijos; debe esta muestra de respeto á la memoria del esposo

Por lo demás, hay que hacer una ligera restricción respecto á estos diversos objetos: quienes fueron venturosos en su primer matrimonio, recordarán con dulzura los años pasados; les serán caros todos los recuerdos y no querrán separarse de ellos; si la unión fué desgraciada, pueden desaparecer cuantos objetos se relacionen con ella, sin causar el menor sentimiento.

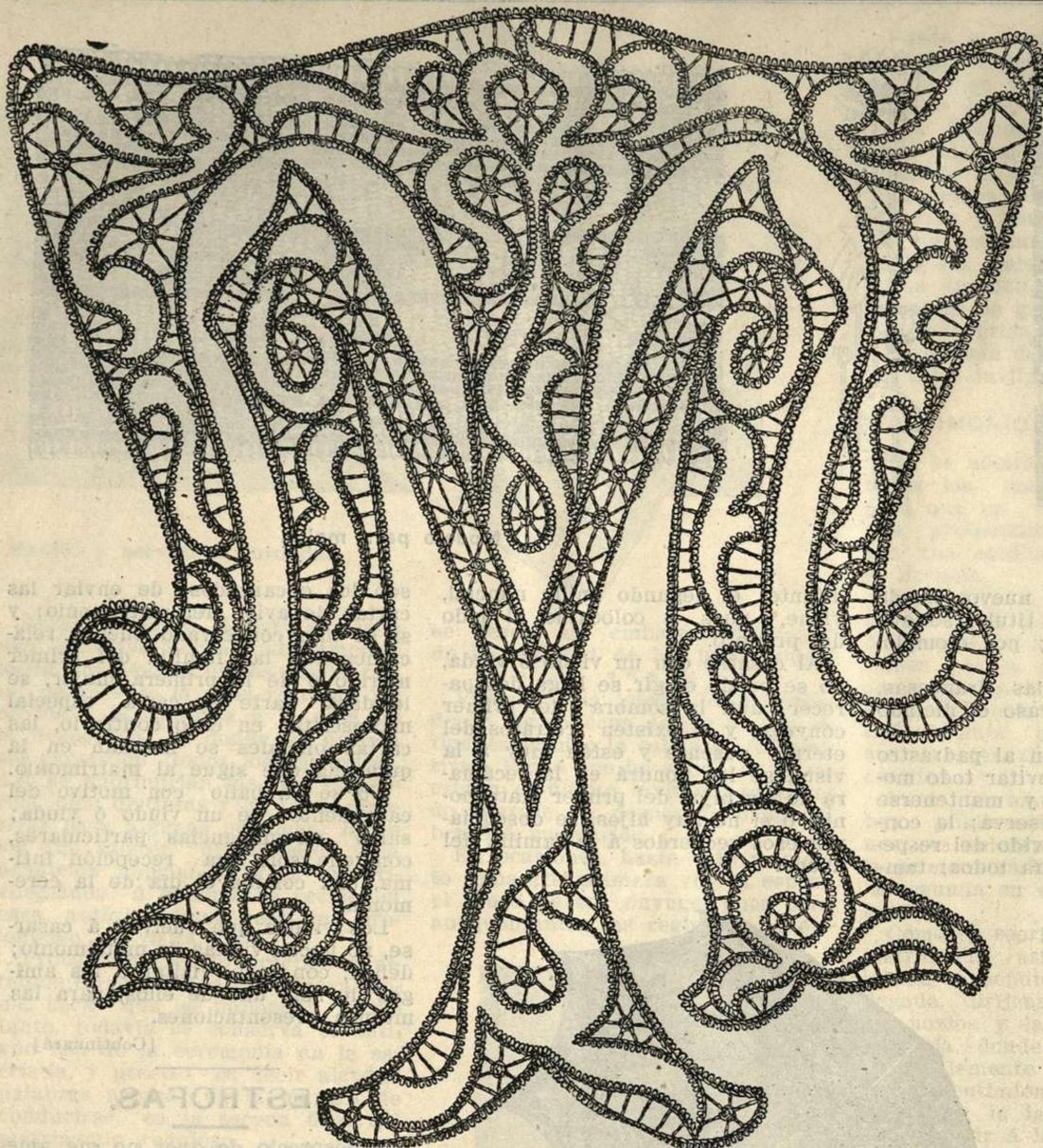
Los padres del viudo ó viuda,



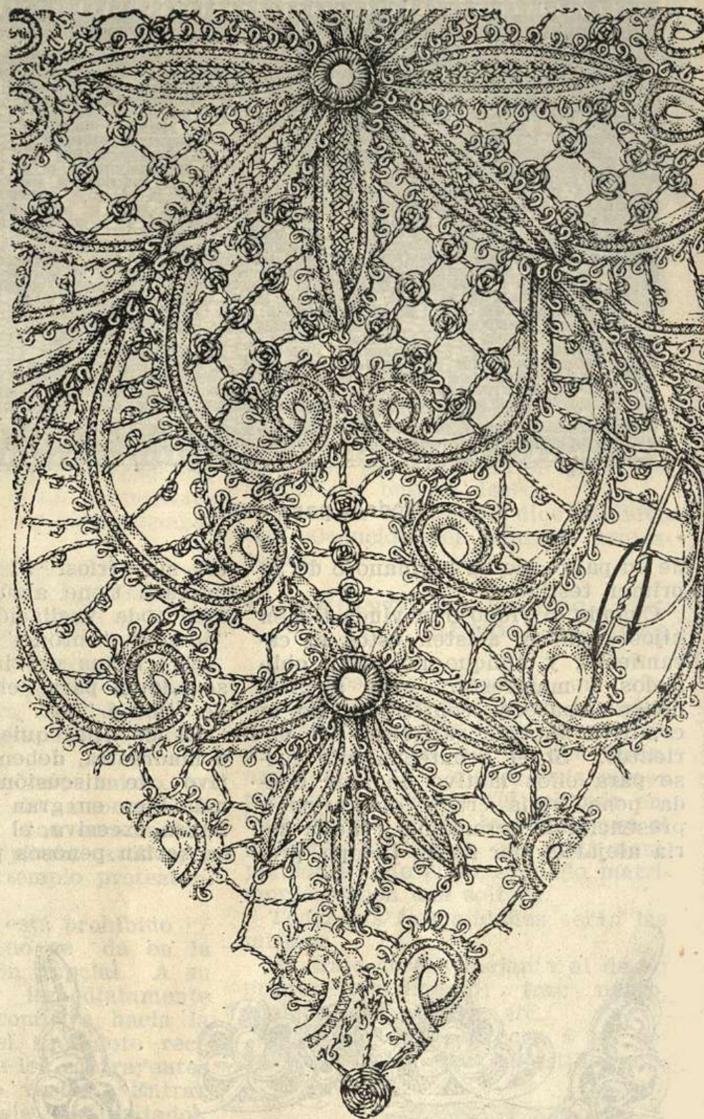
Cojín para rodapié.



Cojín para respaldo.



Monograma para sábana.



Punta para mantel de altar.

MESA REVUELTA.

SOPA DE OSTIONES.—Para un bote mediano de ostiones, cuatro yemas de huevo coladas y un pedazo de pan frío, remojado en leche y molido luego. Revuélvase estas últimas cosas con caldo de la lata, pónganse á un hervor ligero y á continuación agréguese los ostiones, con más una cucharada de mostaza francesa, caldo y la sal necesaria.

CAMARONES ADOBADOS.— Se han de cocer de los más enteros en agua con sal, unas cebollas y ajos en pedacitos; y apartándose los crustáceos solos, en el agua misma del cocimiento, se ponen unas zanahorias rebanadas y bien lavadas en agua de sal para quitarles el jugo acre sobresaliente.

Desvenados y desflemados unos chiles anchos pasilla, se muelen con unos dientes de ajo, algo abundantes y sal; arrástranse con vinagre y se ponen á freír hasta que la pasta comienza á tomar color, sin que se pasen ó se requemen; se sirven allí los camarones con más rajas de cebolla pasada por agua, vinagre (muy poco para el efecto de ligar nada más), y se deja hervir hasta que vuelva á espesar.

Se ponen en un platón y se polvean con orégano muy fino.

México, D. F., Mayo 6.

Cumplo con un deber de justicia—dice el Dr. Juan Collantes—manifestando que en general han sido satisfactorios los resultados que he obtenido siempre que he prescripto la Emulsión de Scott, habiendo notado en particular que en aquellos enfermos en quienes, con perseverancia y exactitud para las noras y las dosis, la he usado algún tiempo, he obtenido siempre un aumento en sus fuerzas, un notable mejoramiento en su nutrición, y puedo añadir, la desaparición ostensible de sus padecimientos.

Como regla general, la he aconsejado en los casos de bronquitis, sobrevenidos en enfermos débiles y de constituciones estrumosas, en los niños con manifestaciones escrofulosas y en los convalecientes que indican un estado de miseria fisiológica.

TORTA DE HUEVO Y ALMENDRA.—Se hace almíbar con media libra de azúcar, al que estando clarificado y de punto de espejo, se le incorpora una libra de almendra molida, y sin quitarlo de la lumbre, se estará meneando hasta que se vea el fondo del cazo; entonces se apar-

ta éste, y se le echan diez huevos, todo, y se vacía en una sartén un poco de canela molida y cinco biscochos tostados; se revuelve bien á cocer á dos fuegos.

Orizaba, Junio 26 de 1901.

Sr. D. Donato Chapeaurouge, Director General de "La Mutua."—México.

Muy señor mfo:—Acuso á usted recibo de la Póliza Dotal número 1.054. 1, que por conducto de su Agente General en la Sucursal de Puebla, solicité por la cantidad de 10,000 libras esterlinas (más de... \$100,000, plata mexicana), y cuya póliza ha tenido a bien extender á mi favor la Compañía de "La Mutua," de Nueva York, que usted tan dignamente representa, y la he revisado y encontrado de entera conformidad como debía ser, siendo emitida por una Compañía tan conocida y recomendada como "La Mutua."

Al solicitar este seguro, mi idea fué invertir mi dinero en un negocio bueno, teniendo la seguridad de sacar con el tiempo, si vivo, un capital regular con el solo hecho de haber pagado interés, y si muriera antes del periodo de distribución ó de la fecha del vencimiento del contrato, dejar fondos disponibles con que activar mis negocios que tengo ahora entre manos.

Elegí "La Mutua," porque tengo conocimiento de los inmensos recursos con que cuenta para cubrir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes tan activos de seguros que ofrece, y que á mi parecer son tan justos y buenos, que no admiten competencia.

Este seguro lo he tomado por lo pronto; pero con la determinación de aumentarlo dentro de poco, y tan pronto como mis demás negocios me lo permitan, pues creo haber hecho la operación más segura de mi vida, al tomar esta póliza con "La Mutua."

A. KINNEL.

SE RESERVAN CAMAS EN CARRO PULMAN PARA

La Mejor Ruta

Á DENVER, KANSAS CITY, St. Louis,

CHICAGO, NEW YORK,

SAN FRANCISCO Y LOS ANGELES, CALIFORNIA.

(VÍA EL PASO.)



[Cía. Ferrocarril de Atchison, Topeka y Santa Fé.]

Los Restaurants y Carros Comedores de Harvey en la Línea de Santa Fé, son renombrados en el mundo entero.

Para precios, itinerarios y otros informes, dirigirse á

W. S. Farnsworth,

Agente General.

Plazuela de Guardiola, Ciudad de México.

D. F.

HOMBRES LOS APNEHOS DE LOS ESUADOS UNIDOS